

Diálogos **interculturales**
sobre el manejo
integral del **fuego** | **20
24**



UNGRD
Unidad Nacional para la Gestión
del Riesgo de Desastres

Descargo de responsabilidad. El contenido de esta publicación no representa necesariamente la posición oficial de la entidad. El documento constituye una sistematización elaborada por los autores a partir de los aportes, reflexiones y conocimientos compartidos durante los Diálogos Interculturales para el Manejo Integral del Fuego, desarrollados con la participación de comunidades indígenas, campesinas, afrodescendientes, actores territoriales y expertos. En este sentido, las interpretaciones, análisis y conclusiones aquí presentadas son responsabilidad de los autores y buscan reflejar la diversidad de perspectivas recogidas durante el proceso.

Diálogos **interculturales**
sobre el manejo
integral del **fuego** | **20**
24



UNGRD
Unidad Nacional para la Gestión
del Riesgo de Desastres



GUSTAVO FRANCISCO PETRO URREGO

Presidente de la República

CARLOS ALBERTO CARRILLO ARENAS

Director General

Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres

RAFAEL ENRIQUE CRUZ RODRÍGUEZ

Subdirector General

Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres

MARÍA CONSTANZA MEZA ELIZALDE

Subdirectora para la Reducción del Riesgo

Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres

EQUIPO TÉCNICO

Subdirección General

Subdirección para el Conocimiento del Riesgo

Subdirección para la Reducción del Riesgo

Equipo de Intervención Prospectiva

Corrección de estilo

Leidy Johanna Aguasaco Fonseca

Ilustraciones

Julieth Carolina Hernández Sánchez

Diseño y diagramación

Diego Andrés Murillo Roza

ISBN 978-958-5509-53-5

📘 GestiónUNGRD

📧 @ungrd_oficial

📞 @UNGRD

🌐 portal.gestiondelriesgo.gov.co/

Citación: Meza, M (2026) Diálogos interculturales sobre el manejo integral del fuego. Bogotá, Colombia. Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD).

Ejemplo de citación de capítulo: Meza, M., Bustos, S., Garzón, L., y Cardona, J. (2026) "El fuego como cultura, economía y territorio" en Diálogos interculturales sobre el manejo integral del fuego. Bogotá, Colombia. Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD).

Todos los derechos reservados

© 2026

Índice

6 Agradecimientos

9 Prólogo

11 Presentación

CAPÍTULO 1

14 Contexto sobre los Incendios Forestales en Colombia

CAPÍTULO 2

27 Introducción al manejo integral del fuego

CAPÍTULO 3

31 Redefinición de las políticas de manejo del fuego para la reducción de incendios forestales: integrando saberes ancestrales y tradicionales

CAPÍTULO 4

38 El fuego como cultura, economía y territorio

CAPÍTULO 5

52 El Abuelo Fuego: Conocimientos Indígenas sobre el uso y manejo del fuego

CAPÍTULO 6

59 Conocimientos campesinos sobre el uso y manejo del fuego

CAPÍTULO 7

67 Hacia una gobernanza del fuego

76 La metodología de un encuentro entre saberes

95 Bibliografía

Agradecimientos

Este libro nace de un propósito profundo, escuchar al territorio, a las comunidades y a las múltiples voces que, durante generaciones, han convivido con el fuego, lo han comprendido y lo han incorporado en sus formas de vida. Más que una publicación institucional, este trabajo es el resultado de un encuentro entre saberes y conocimientos tradicionales, científicos e institucionales, que reconocen que el manejo integral del fuego solo puede construirse desde el diálogo, el respeto mutuo y la comprensión de las realidades territoriales.

Esta obra busca visibilizar lo que el fuego implica, significa y representa para quienes habitan los territorios del país, así como para la comunidad científica, la academia y los actores del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD), que encuentran en este elemento natural un campo fundamental para la prevención, la investigación y la gestión del riesgo.

Nuestro primer y más profundo agradecimiento es para los pueblos indígenas, las comunidades campesinas, las comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, y demás comunidades participantes de Colombia que hicieron parte de los Diálogos Interculturales para el Manejo Integral del Fuego. Sus palabras, experiencias y reflexiones constituyen el corazón de este libro. Con generosidad, compartieron conocimientos transmitidos por generaciones a través de la palabra dulce, de prácticas nacidas de la observación cuidadosa de los ciclos de la naturaleza y de una relación espiritual, cultural y productiva con el territorio.

Cada testimonio aportado en estos espacios reafirma que el fuego no es únicamente un fenómeno físico ni un evento asociado al riesgo. También es un elemento profundamente ligado a la vida comunitaria, a la memoria, a la producción campesina de los pueblos indígenas y comunidades rurales. Comprender esa relación es un paso indispensable para construir políticas públicas, marcos normativos y estrategias de gestión del riesgo más pertinentes, sostenibles y acordes con las prácticas territoriales.

Agradecemos igualmente a las lideresas y líderes territoriales de organizaciones indígenas y campesinas de carácter nacional, quienes viajaron desde distintas regiones del país para encontrarse en Bogotá, en diciembre de 2024. Su disposición para dialogar, debatir y proponer abrió un camino hacia una comprensión más amplia del fuego y hacia la construcción colectiva de enfoques que integren los saberes y conocimientos tradicionales con el conocimiento técnico y científico.

Sus voces recordaron con claridad que la gestión del riesgo de desastres no puede separarse de las realidades sociales, culturales y ambientales de los territorios. Avanzar hacia el manejo integral del fuego implica reconocer las prácticas locales, fortalecer la gobernanza territorial y generar espacios reales de participación y articulación con el SNGRD, desde los diferentes roles y responsabilidades que contribuyen a la reducción del riesgo de desastres.

Extendemos también nuestro reconocimiento a las instituciones del Sistema Nacional Ambiental (SINA) y del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD), así como a las entidades aliadas y equipos técnicos que acompañaron este proceso. En especial, reconocemos el aporte de las áreas misionales de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD), cuya articulación permite integrar la reducción del riesgo, la preparación, la respuesta y el manejo de emergencias asociadas a incendios forestales. Su participación deja una reflexión central: avanzar hacia el manejo integral del fuego requiere una institucionalidad sólida, con voluntad de escucha, capacidad de aprendizaje y disposición para transformar sus prácticas, fortalecer los marcos normativos, las estrategias de prevención y los escenarios de articulación con las comunidades y los territorios.

Este libro también es posible gracias al compromiso de investigadoras, investigadores, profesionales y equipos técnicos que aportaron desde distintas disciplinas. Sus contribuciones integran información técnica, evidencia científica, análisis territorial, gestión del conocimiento y reflexiones sociales. Este esfuerzo demuestra que los desafíos asociados a los incendios forestales y al uso del fuego requieren miradas interdisciplinarias, así como una agenda que articule ciencia, política pública y saberes comunitarios.

De manera especial agradecemos a quienes hicieron posible la organización y facilitación de los espacios de diálogo; los diferentes equipos metodológicos, técnicos, logísticos, traductores interculturales, cooperación internacional; equipos del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres, y todas las personas que, desde distintos

roles, contribuyeron a la construcción de estos encuentros. Su trabajo permitió que estas jornadas se desarrollaran en un ambiente de confianza, respeto y participación colectiva.

Finalmente, queremos reconocer que este documento es apenas un punto de partida. Representa un primer paso hacia la construcción de un marco más amplio que permita fortalecer el Manejo Integral del Fuego en Colombia, contribuir a la reducción del riesgo de incendios forestales, proteger ecosistemas sensibles y promover políticas públicas construidas junto con las comunidades.

Las páginas que siguen recogen voces, reflexiones, aprendizajes y propuestas que invitan a repensar la relación entre sociedad, naturaleza e instituciones frente al fuego. Más que cerrar una discusión, este libro abre un camino hacia una gobernanza basada en la interculturalidad, la corresponsabilidad y el cuidado del territorio. Asimismo, busca motivar nuevas discusiones legislativas, académicas y científicas que fortalezcan este campo de conocimiento en el país.

A todas las personas que participaron en este proceso, gracias por mantener vivo el vínculo profundo con el fuego, nombrado por algunas voces comunitarias como “fueguito abuelo”, que aviva la conversación, reúne a la comunidad y nos recuerda que el conocimiento se teje de manera colectiva. Porque, al final, el fuego también une, convoca, moviliza saberes y nos invita a construir, nuevas formas de relación con el territorio.

Prólogo

Hablar del fuego es hablar de una paradoja: al mismo tiempo amenaza y aliado, fuerza de destrucción y energía esencial para la vida. A lo largo de milenios, las culturas han convivido con el fuego como un elemento enraizado en el territorio, cargado de significados y saberes que han moldeado paisajes, sustentado modos de producción y tejido vínculos espirituales. En toda la cuenca, el fuego ha sido memoria y cotidiana y ritual, parte esencial de la manera en que los pueblos se relacionan con su entorno y construyen su identidad colectiva.

Sin embargo, desde tiempos coloniales —y con mayor intensidad en las últimas décadas— el fuego pasó a ser una herramienta de avance sobre el bosque, transformándose en incendios forestales cada vez más severos. Hoy, la expansión de la frontera agrícola, el cambio climático y las presiones extractivas han multiplicado su frecuencia y alcance. El aumento de las temperaturas globales ha generado temporadas de incendios más largas y destructivas, afectando de manera crítica a los bosques amazónicos, ecosistemas que evolucionaron casi sin fuego natural y que carecen de adaptaciones para resistir quemas frecuentes o intensas.

Ante esta realidad surgieron políticas de “fuego cero”, orientadas a extinguir cualquier ignición bajo la lógica del riesgo y la emergencia. Sin embargo, no todos los fuegos son incendios, y no todos los incendios son catastróficos. Diversos pueblos y comunidades han demostrado durante siglos, que el fuego puede ser también una herramienta de cuidado, capaz de regenerar suelos, diversificar hábitats y mantener el equilibrio entre bosque y sociedad. Este libro propone ir más allá de la visión del fuego únicamente como catástrofe y lo reconoce también como expresión cultural y como lenguaje compartido entre naturaleza y pueblos.

La riqueza de esta obra radica en su capacidad para articular distintos niveles de análisis: desde una mirada amplia sobre la relación entre fuego, territorio y comunidades, hasta la experiencia concreta de los Diálogos Interculturales desarrollados en Colombia. Integra datos técnicos y territoriales con narrativas comunitarias e interculturales, mostrando que la gestión del riesgo solo puede ser efectiva si incorpora la pluralidad de voces, saberes y experiencias que conviven en los territorios.

Cada capítulo nos acerca a un entendimiento más complejo y humano del fuego. Se exploran sus dinámicas naturales, sus implicaciones políticas y sociales, y sobre todo su dimensión cultural: prácticas tradicionales, usos ancestrales y los desafíos que emergen al encontrarse diferentes formas de conocimiento.

Este libro es, en esencia, una invitación a repensar la gestión del fuego desde la interculturalidad, reconociendo tanto la urgencia de reducir riesgos como el valor de los saberes locales. Porque solo al comprender el fuego en todas sus dimensiones —natural y cultural— será posible imaginar futuros sostenibles para los territorios y para las comunidades que los habitan.

Los pueblos y comunidades que habitan los territorios mantienen profundas conexiones ecológicas, espirituales, culturales y productivas con la naturaleza, expresadas en prácticas sostenibles de uso y cuidado de la tierra, así como en tradiciones y saberes transmitidos durante generaciones. Proteger su patrimonio cultural, sus derechos y sus formas propias de relación con el entorno es esencial no solo para avanzar en justicia social, sino también para garantizar la integridad ecológica y cultural de los ecosistemas y fortalecer su papel en el equilibrio climático y territorial.

Por último, quiero felicitar a los autores y editores por esta valiosa iniciativa, que no solo enriquece la comprensión del fuego, sino que también asume el desafío de abrir caminos hacia nuevas políticas y prácticas de manejo, inspiradas en el diálogo intercultural y en la diversidad de saberes que sostienen la vida en los territorios.

Es alentador cerrar este prólogo justo en el Día Mundial de la Prevención de Incendios Forestales (18 de agosto): una jornada que refuerza la urgencia de transformar nuestra relación con el fuego, de mirar más allá del riesgo y de promover políticas culturales y ecológicas y reconozcan su potencial como vínculo entre comunidades, naturaleza y territorio.

Bibiana Alejandra Bilbao
Experta en Cultura del fuego y el bosque.
Programa Amazonía+. Expertise France

18/08/2025

Presentación

En un contexto global marcado por regímenes de incendios forestales cada vez más intensos, extensos y complejos, la gestión del fuego ha dejado de ser un asunto exclusivamente técnico para convertirse en un desafío social, cultural y político. Durante décadas, las políticas centradas en la supresión total de incendios han predominado, desconociendo con frecuencia el papel ecológico del fuego y su lugar en las prácticas de manejo territorial de comunidades que históricamente han convivido con él. Esta desconexión ha alimentado conflictos socioambientales, ha debilitado la confianza institucional y ha reducido la efectividad de las estrategias nacionales de prevención y respuesta.

Este libro es la síntesis de los primeros Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego (DIMIF), un esfuerzo pionero de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD) celebrado en la ciudad de Bogotá, D. C., en diciembre de 2024. Más que una reunión informativa, este encuentro se constituyó como una plataforma de escucha activa y reconocimiento mutuo, diseñada para visibilizar la diversidad de relaciones que las comunidades rurales, étnicas y campesinas mantienen con el fuego y para sentar las bases de un cambio de paradigma institucional.

Durante dos jornadas intensivas, realizadas los días 16 y 17 de diciembre de 2024, se congregaron 82 líderes y lideresas comunitarias: 37 representantes indígenas pertenecientes a nueve pueblos y 45 representantes campesinos de diversas regiones del país, junto con delegados del Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, Parques Nacionales Naturales de Colombia, la Dirección Nacional de Bomberos de Colombia, la Defensa Civil Colombiana y diversos cooperantes.

El objetivo general del evento fue promover un espacio de diálogo sobre el uso del fuego entre comunidades y actores interinstitucionales, con la mira puesta en la creación de políticas más justas y efectivas para la reducción de incendios forestales.

Los objetivos específicos incluyeron:

- Identificar las prácticas y percepciones sobre el uso del fuego.

- Fomentar un diálogo intercultural y multisectorial para el reconocimiento de estas prácticas.
- Identificar los conflictos socioambientales asociados a esta práctica desde la perspectiva territorial.
- Recopilar información que sirva como insumo para la coconstrucción de propuestas normativas y políticas orientadas al manejo integral del fuego y a la reducción del riesgo de incendios forestales, en armonía con los saberes tradicionales y las necesidades de las comunidades.

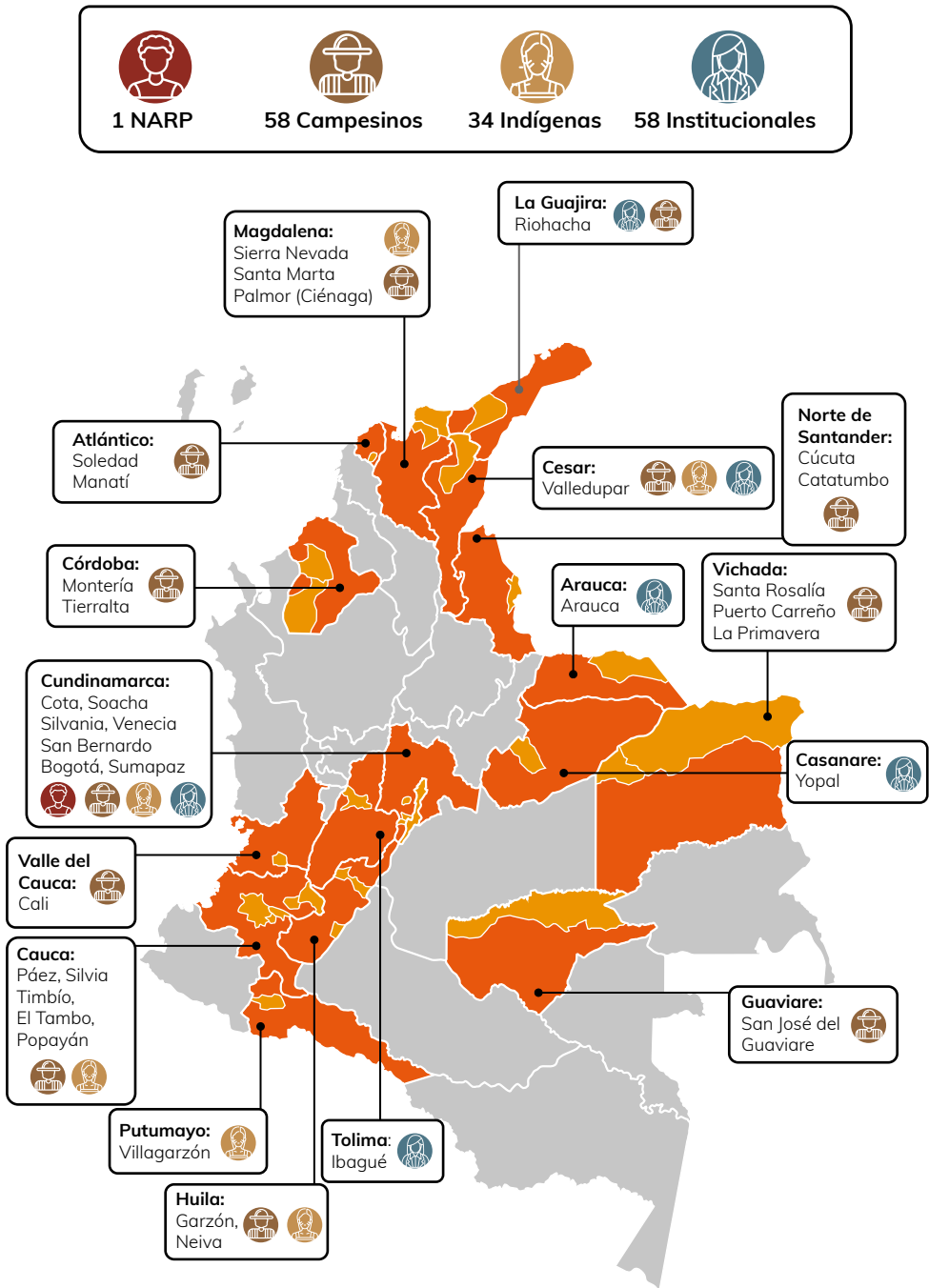
La metodología se diseñó para garantizar un intercambio auténtico, respetuoso y equilibrado. Cada jornada inició con procesos de armonización y construcción de un lenguaje común. El 16 de diciembre, la palabra comenzó con los pueblos indígenas bajo principios de respeto y equilibrio; el 17 de diciembre, el diálogo se amplió con la participación campesina, cuya diversidad productiva y territorial evidenció que este elemento adquiere significados y usos diferenciados según los contextos ecológicos, sociales y culturales. En las mesas de trabajo se abordaron su papel en la seguridad alimentaria, las cosmovisiones, los conflictos asociados a su prohibición o restricción, y las propuestas para una política pública con enfoque territorial.

Un elemento fundamental fue el diseño del Espacio Autónomo de Concertación Comunitaria, en el cual las instituciones asumieron un rol de escucha para permitir que las comunidades expresaran libremente sus demandas, necesidades y propuestas. Durante este ejercicio se hizo visible que, para quienes habitan los territorios, el fuego no se concibe como un enemigo, sino como una herramienta de vida que exige conocimiento, responsabilidad y cuidado. Asimismo, se reivindicó el “manejo comunitario del fuego”, entendido como un conjunto de prácticas basadas en la observación de los ciclos naturales, la experiencia acumulada y los saberes transmitidos entre generaciones.

Los resultados aquí consignados no solo visibilizan la complejidad de las percepciones territoriales, sino que también identifican nudos críticos de conflicto y aportan insumos estratégicos para una política pública integral. La estigmatización de las comunidades rurales como principales causantes de incendios desconoce el conocimiento intergeneracional sobre el clima, la biodiversidad y el manejo responsable del territorio, así como las dimensiones espirituales asociadas al fuego.

Este documento es, por lo tanto, un testimonio de las voces territoriales y una hoja de ruta para impulsar un nuevo paradigma en la gestión del riesgo: uno basado en la articulación entre el conocimiento científico, el reconocimiento del rol ecológico del fuego y la revalorización de las prácticas culturales asociadas a su uso responsable. Lo ocurrido en Bogotá marcó el inicio de una conversación necesaria: la posibilidad de construir una gobernanza del fuego que no surja exclusivamente desde el escritorio institucional, sino también desde los territorios. El desafío actual radica en transformar la escucha en acción y el reconocimiento en decisiones normativas, técnicas e institucionales.

Mapa 1. Participantes Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego (DIMIF) Nacional



C A P Í T U L O 1

Contexto sobre los Incendios Forestales en Colombia

María José Páez
Sebastián Barreto



Análisis multitemporal de área quemada en Colombia

Fuentes de información sobre incendios forestales

La comprensión de los incendios forestales en Colombia requiere reconocer la diversidad de fuentes institucionales y técnicas que producen, consolidan y analizan información sobre este fenómeno. El país cuenta con distintos sistemas de registro que, desde enfoques complementarios —gestión del riesgo, monitoreo forestal y análisis ambiental territorial, aportan insumos fundamentales para la toma de decisiones y la formulación de políticas públicas.

En el ámbito de la gestión del riesgo, la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD) ha desarrollado el Inventario de Atención de Emergencias en el Territorio Colombiano, construido a partir del Consolidado de Atención de Emergencias (UNGRD, 2025) y del Inventario Histórico Nacional de Desastres (Corporación OSSO, 2019). Este instrumento permite sistematizar información relacionada con la ocurrencia y atención de emergencias por incendios forestales a nivel nacional, y ofrece una perspectiva histórica y operativa sobre la dinámica del riesgo en el territorio.

Por su parte, el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM) consolida estadísticas nacionales anuales sobre incendios forestales desde 2002 hasta 2026, disponibles en línea. Estos datos integran reportes provenientes de entidades del Sistema Nacional Ambiental (SINA), del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD), de la Defensa Civil Colombiana y de otras instituciones competentes. La información se registra en el Sistema Nacional de Información Forestal (SNIF), herramienta para el montaje y operación del Sistema de Información del Programa de Monitoreo de Bosques, lo que permite relacionar la ocurrencia de incendios con las dinámicas de cobertura forestal y cambio en el uso del suelo.

Adicionalmente, la Dirección Nacional de Bomberos de Colombia publica el Reporte Nacional de Emergencias, que consolida estadísticas sobre eventos atendidos por los cuerpos de bomberos en el país y constituye una fuente relevante para el análisis operativo de la respuesta a incendios forestales.

A nivel regional, se destacan iniciativas como el Sistema de Información Ambiental Territorial de la Amazonía Colombiana (SIATAC), gestionado por el Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas (SINCHI). Este sistema administra y divulga información ambiental específica de la Amazonía colombiana, incluyendo el monitoreo de cicatrices de quema y otras variables asociadas a la dinámica del fuego en la región.

La articulación y análisis conjunto de estas fuentes resulta esencial para avanzar hacia una comprensión integral de los incendios forestales en Colombia, fortalecer la gestión del riesgo y consolidar decisiones basadas en evidencia en materia ambiental y territorial.

Información histórica de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres

Con el propósito de consolidar el inventario nacional de atención de emergencias, la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD) estructuró el Inventario de Atención de Emergencias en el Territorio Colombiano, integrando el Consolidado de Atención de Emergencias (UNGRD, 2025) y el Inventario Histórico Nacional de Desastres (Corporación OSSO, 2019).

A partir de este instrumento se han identificado reportes de incendios registrados entre el 30 de marzo de 1970 y el 31 de diciembre de 2025, lo que constituye una de las series históricas más amplias disponibles en el país para el análisis de este fenómeno.

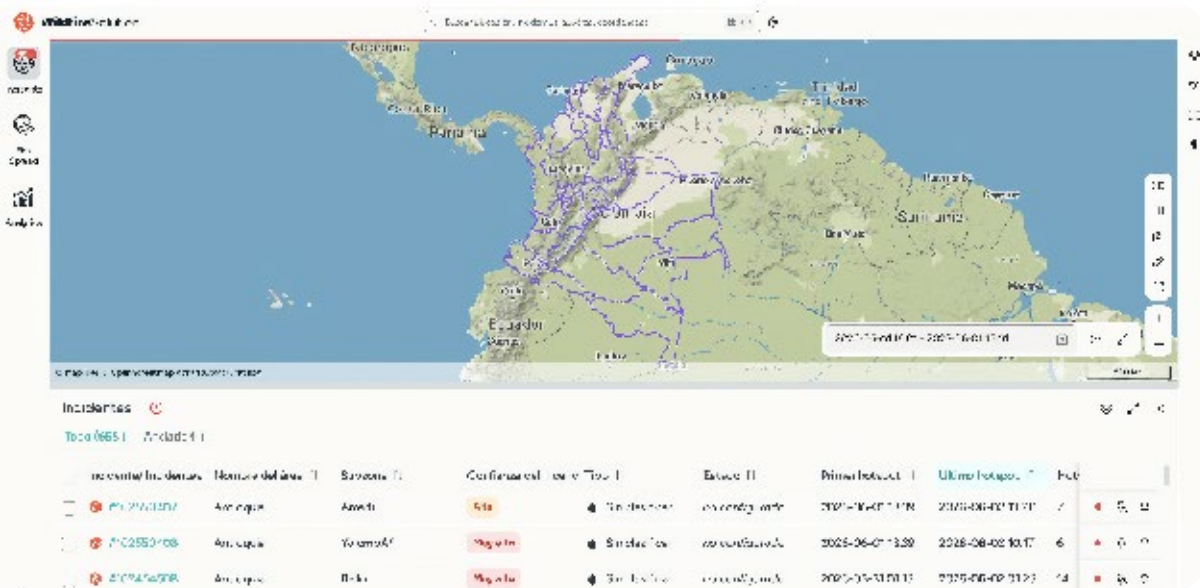
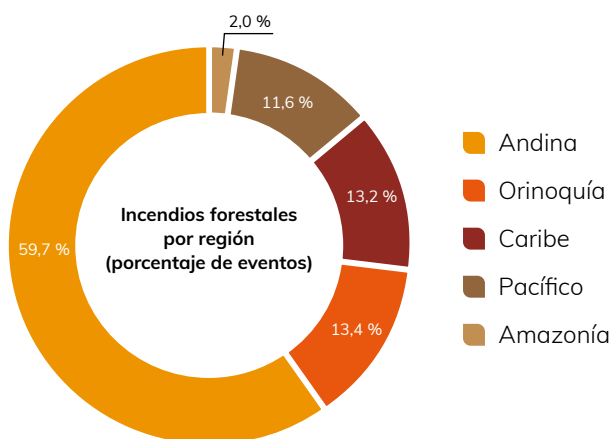


Figura 1. Interfaz de monitoreo operativo de incidentes de incendios forestales en la plataforma Wildfire Solution.

La información aquí presentada puede ser objeto de actualización, dado que la UNGRD realiza revisiones periódicas en articulación con la Dirección Nacional de Bomberos de Colombia y con las entidades territoriales que reportan los eventos. Las cifras corresponden a los reportes territoriales recibidos por la Central de Información y Telemática (CITEL) de la UNGRD.

Gráfica 1. Distribución regional de los incendios



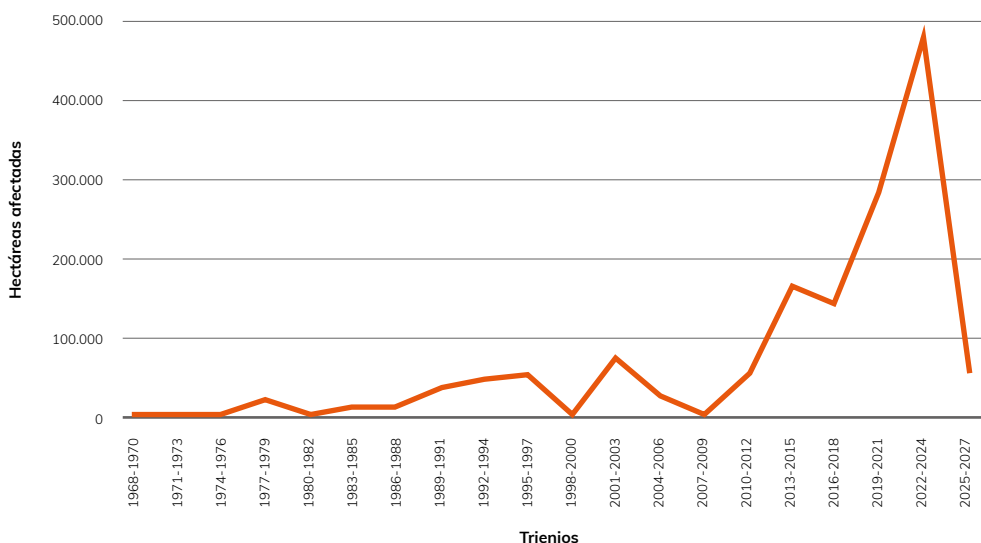
Fuente: CITEL

La distribución porcentual del número de incendios por región muestra que la Región Andina concentra el 59,7 % del total de eventos, lo que la posiciona como el territorio con mayor frecuencia de ocurrencia a nivel nacional. Le siguen la Orinoquía, con el 13,4 %; el Caribe, con el 13,2 %, y el Pacífico, con el 11,6 %, mientras que la Amazonía representa el 2 % del total registrado.

Sin embargo, el análisis de hectáreas afectadas revela una dinámica distinta. La Orinoquía concentra el 43,6 % del total de la superficie impactada, lo que evidencia que, aunque no es la región con mayor número de incendios, sí presenta los eventos de mayor extensión territorial. La Región Andina representa el 31,8 % del área afectada, seguida por el Caribe y el Pacífico, cada uno con el 11,3 %, mientras que la Amazonía aporta el 2 % del total.

Este comportamiento refleja diferencias en los patrones de propagación del fuego, asociadas con variables como la cobertura vegetal, la continuidad de los combustibles, las condiciones climáticas y las características ecosistémicas propias de cada región.

La serie histórica de hectáreas afectadas evidencia una concentración de los años más críticos en la última década. El año 2024 registra el máximo histórico con 287 653,85 hectáreas afectadas, seguido por 2019 (145 765,48 hectáreas) y 2022 (141 301,63 hectáreas), valores que superan ampliamente los promedios observados antes de 2010.

Gráfica 2. Evolución anual de las hectáreas afectadas

Fuente: CITEL

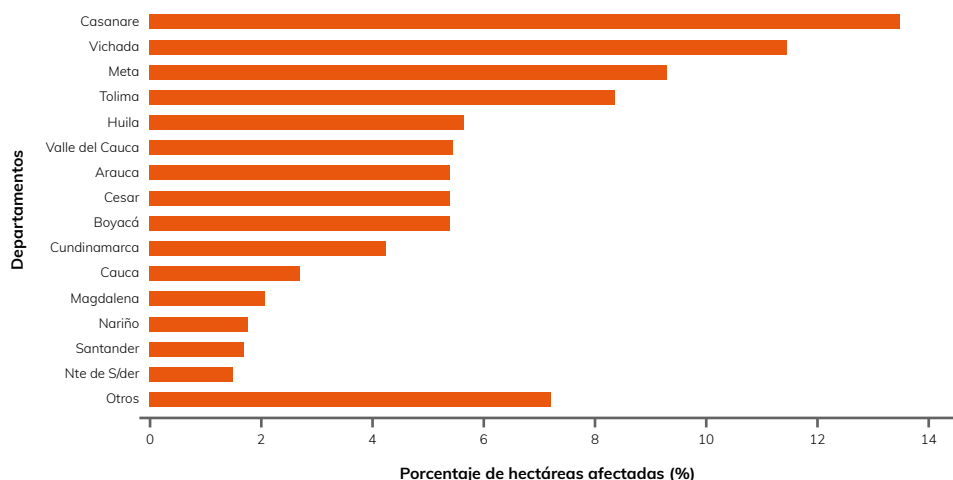
Asimismo, 2016 reportó 92 661,36 hectáreas afectadas y 2014 alcanzó 74 091,40 hectáreas. Estos datos confirman un incremento significativo en la superficie impactada y sugieren un cambio estructural en la magnitud del fenómeno, más allá de la variabilidad interanual tradicional.

El análisis por temporada climática muestra una marcada concentración de eventos en los periodos secos. La primera temporada seca registra aproximadamente 14 000 incendios, constituyéndose como el periodo de mayor recurrencia en la serie histórica.

La segunda temporada seca presenta cerca de 7 000 eventos, lo que confirma que los periodos de menor precipitación incrementan la probabilidad de ocurrencia de incendios forestales. En contraste, las temporadas de lluvias reportan menores registros: alrededor de 4 700 incendios en la primera temporada de lluvias y aproximadamente 4 300 en la segunda.

En conjunto, más del 70 % de los incendios se concentran en temporadas secas, lo que evidencia la relación entre la baja humedad, la disponibilidad de combustibles secos y la mayor susceptibilidad a la ignición y propagación del fuego.

El análisis departamental permite identificar diferencias estructurales entre frecuencia y área quemada. Cundinamarca lidera en número de eventos, con el 16,81 % del total nacional, pero representa solo el 4,67 % de las hectáreas afectadas, lo que indica alta recurrencia con menor extensión promedio por incendio.

Gráfica 3. Dinámicas departamentales. (Frecuencia versus área quemada)

Fuente: CITEL

Tolima (9,55 % de eventos y 9,18 % de hectáreas), Huila (8,40 % y 6,19 %) y Boyacá (7,18 % y 5,88 %) muestran una relación más proporcional entre frecuencia y área impactada. En contraste, departamentos de la Orinoquía presentan incendios de mayor magnitud territorial. Casanare, con el 5,43 % de los eventos, concentra el 14,84% de las hectáreas afectadas; Meta, con el 4,63 % de los eventos, acumula el 10,22% de la superficie impactada.

Este patrón confirma que una mayor frecuencia no necesariamente implica mayor afectación territorial, evidenciando diferencias entre departamentos andinos —con alta recurrencia— y territorios de sabana o transición —con incendios menos frecuentes, pero de mayor extensión—.

El análisis municipal profundiza estas diferencias. En términos de hectáreas afectadas, la mayor concentración se observa en municipios de la Orinoquía. Cumaribo lidera con más de 100 000 hectáreas afectadas, seguido por Orocué con una cifra similar. Valledupar registra aproximadamente 57 000 hectáreas, mientras que La Macarena, Villa de Leyva y Puerto Carreño presentan afectaciones acumuladas entre 40 000 y 45 000 hectáreas.

Los cinco primeros municipios representan una proporción significativa del total nacional, lo que evidencia una concentración territorial de incendios de gran extensión superficial. En contraste, el análisis por número de eventos muestra una dinámica distinta. Puerto Carreño encabeza la lista con cerca de 285 incendios, seguido por Cali y Yopal, con más de 260 eventos cada uno. También destacan Puerto López, Neiva y Bucaramanga, con cifras cercanas o superiores a 190 eventos.

En estos casos, la afectación se relaciona con una alta recurrencia más que con gran magnitud territorial, lo que indica incendios más frecuentes, pero de menor extensión promedio.

En cuanto a personas fallecidas, la serie histórica evidencia una letalidad baja y esporádica. La mayoría de los años registra entre 0 y 3 personas fallecidas. Se destaca un pico excepcional en 1993, con más de 30 personas fallecidas, lo que constituye un evento atípico dentro de la serie.

A partir de 2013 se observa mayor variabilidad interanual, con registros de entre 1 y 5 personas fallecidas en algunos años; no obstante, no se identifica una tendencia creciente sostenida comparable con el incremento observado en las hectáreas afectadas.

Respecto a las viviendas destruidas, la afectación fue baja durante las décadas de 1970 y 1980. El máximo histórico se registra en 1997, con más de 350 viviendas destruidas, configurando un evento excepcional frente al comportamiento general.

En la última década se observa mayor recurrencia de años con afectación moderada, con valores entre 20 y 80 viviendas destruidas, lo que sugiere un aumento en la exposición de infraestructura habitacional frente al riesgo de incendios.

Información histórica del Sistema Nacional de Información Forestal – SNIF

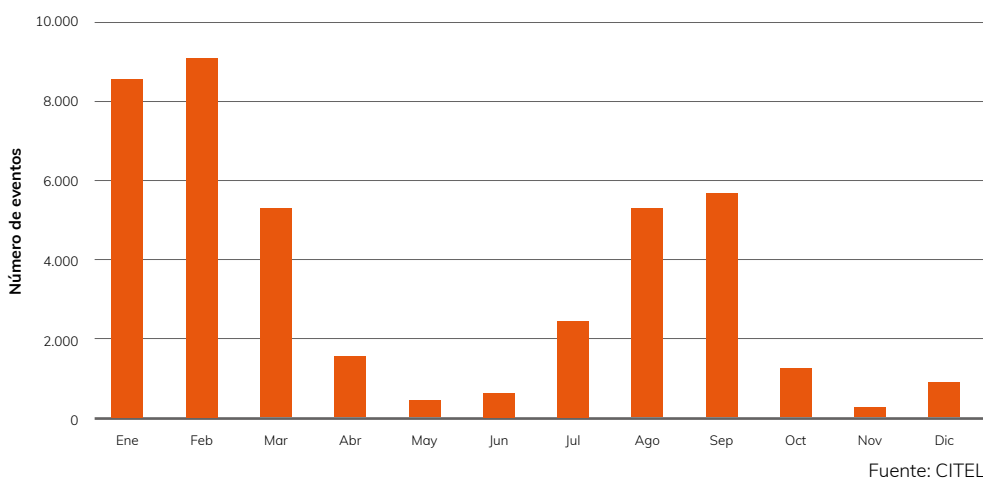
El Sistema Nacional de Información Forestal (SNIF) es una herramienta fundamental para la gestión, organización y análisis de la información forestal en Colombia. De conformidad con el Decreto 1655 del 10 de octubre de 2017, mediante el cual se reglamenta su organización y funcionamiento en articulación con el Inventario Forestal Nacional y el Sistema de Monitoreo de Bosques y Carbono, el SNIF se define como el conjunto de procesos, metodologías, protocolos y herramientas orientados a integrar y estandarizar la captura, el almacenamiento, el análisis, el procesamiento, la difusión y la consulta de datos y estadísticas forestales, con el propósito de garantizar un flujo de información eficiente, oportuno y de calidad. Su administración y coordinación están a cargo del Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM) (Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, 2017).

En este contexto, el SNIF trasciende su función como repositorio de datos y se proyecta como una infraestructura estratégica de conocimiento para el seguimiento de las dinámicas forestales del país. Su alcance comprende información relacionada con la dinámica, el estado y las presiones sobre los ecosistemas forestales, la oferta y demanda de productos maderables y no maderables, la ordenación y zonificación forestal, las políticas y normativas asociadas, así como elementos vinculados con los modos de vida de las comunidades que dependen de los bosques. Esta amplitud temática permite que el sistema no solo contribuya a la caracterización del recurso forestal, sino también a la comprensión de los procesos de transformación territorial que inciden sobre él (IDEAM, 2025).

Dentro de este marco, la información sobre incendios forestales ocupa un lugar especialmente relevante. Su incorporación al SNIF permite consolidar registros históricos, reconocer patrones de ocurrencia y aportar evidencia para la prevención, el monitoreo, la evaluación de afectaciones y la toma de decisiones.

El análisis multitemporal de las bases consolidadas del SNIF para el período 2002–2024 evidencia la magnitud y persistencia del fenómeno en Colombia. De acuerdo con los datos del IDEAM, se han presentado 42 153 eventos y se reporta una afectación acumulada de 1 984 239 hectáreas. La trayectoria histórica muestra un incremento notorio en la recurrencia de incendios y, especialmente, en la superficie afectada, con un comportamiento particularmente crítico en los últimos años.

Gráfica 4. Distribución mensual de eventos de incendio forestal (2002–2024)



En términos de número de eventos, sobresalen 2019 con 3.263 registros, 2023 con 3.078, y de manera excepcional 2024 con 7.887 incendios, constituyéndose como el año más severo. En cuanto al área afectada, 2024 también registra el valor más alto, con 309.272 hectáreas, superando ampliamente años de alta afectación como 2007 (187.067 ha), 2019 (168.646 ha) y 2022 (156.164 ha). Estos resultados muestran que los incendios forestales han dejado de ser eventos esporádicos para consolidarse como una problemática recurrente y de alta relevancia territorial.

Desde la perspectiva temporal, la información del SNIF permite identificar una mayor concentración de eventos en los meses de febrero (9.040 incendios), enero (8.243), septiembre (5.660), marzo (5.314) y agosto (5.224), lo que refleja la influencia de los períodos de menos precipitaciones sobre la ocurrencia de los incendios y confirma la existencia de ventanas críticas para la prevención y la preparación. El comportamiento de 2024 resulta significativo, pues solo en enero se registró el mayor pico mensual de toda la serie, lo que contribuyó de manera determinante al aumento observado ese año.

El análisis territorial evidencia que los departamentos con mayor recurrencia histórica son Cundinamarca (6 915 eventos), Huila (5 202), Antioquia (3 594), Boyacá (3 031) y Tolima (3 005), lo que muestra una alta concentración del fenómeno en la Región Andina.

Sin embargo, cuando se examina la superficie afectada, los resultados revelan otra configuración espacial: Vichada encabeza la serie con 393 636 hectáreas afectadas, seguido por Casanare (289 939 ha), Meta (186 859 ha), Huila (144 012 ha) y Tolima (142 840 ha). Esta diferencia resulta fundamental, pues indica que la frecuencia de ocurrencia no siempre coincide con la afectación espacial del incendio. Mientras en algunos departamentos predominan incendios más recurrentes, en otros se presentan menos eventos, pero con una extensión territorial considerablemente mayor, particularmente en regiones de sabana y llanura donde la continuidad de combustibles favorece incendios de gran magnitud.

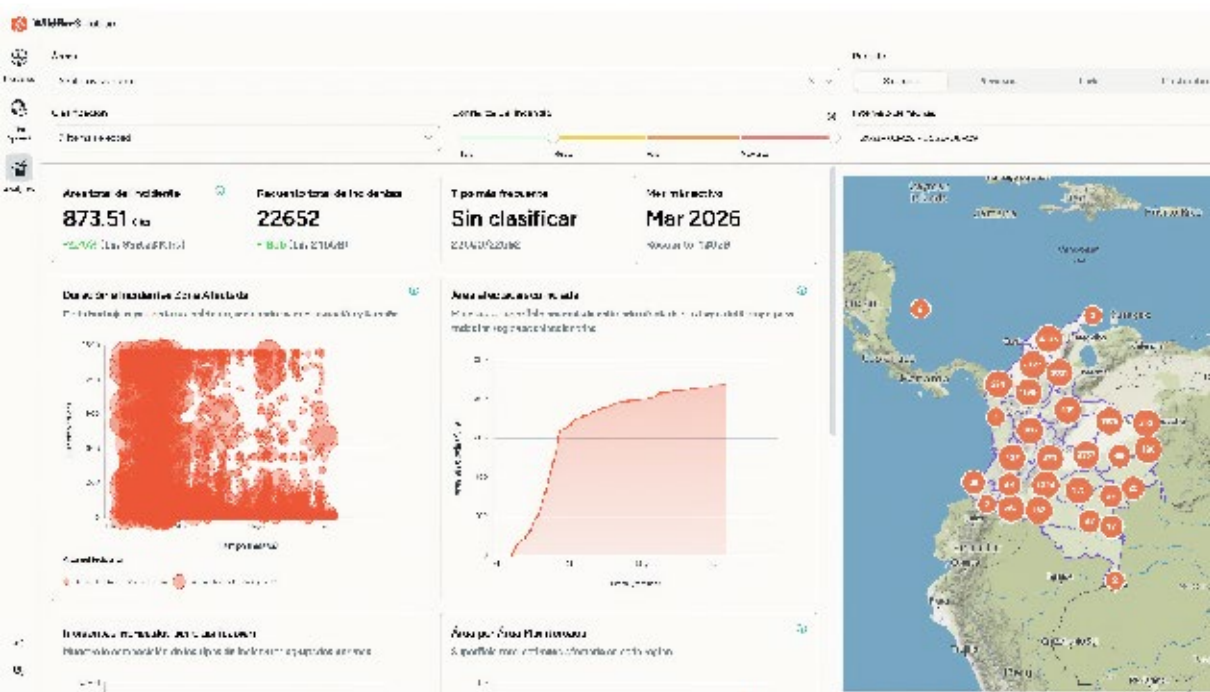


Figura 2. Análisis estadístico de incendios forestales registrados en Colombia durante los últimos tres meses mediante la plataforma Wildfire Solution.

Análisis satelital multitemporal de área quemada en Colombia

Como complemento a las fuentes institucionales de reporte de incendios forestales, se desarrolló un análisis satelital multitemporal de área quemada para Colombia a partir del producto MODIS MCD64A1 Collection 6.1, generado por la NASA. Esta fuente permite identificar mensualmente las áreas detectadas como quemadas en el territorio nacional, con una resolución espacial aproximada de 500 metros. Su uso resulta especialmente útil porque ofrece una mirada continua, homogénea y comparable en el tiempo, lo que permite complementar los registros institucionales con información espacial derivada de sensores remotos. Esta aproximación fortalece el análisis presentado en el capítulo, en el que se integran fuentes como la UNGRD, el SNIF, la Dirección Nacional de Bomberos y sistemas regionales de información ambiental.

El análisis cubrió el período comprendido entre enero de 2001 y diciembre de 2025. Para cada mes se identificaron las áreas con presencia de quema y posteriormente se integró la información para estimar dos resultados principales: el área quemada acumulada por departamento y la frecuencia con la que un mismo lugar fue detectado como quemado durante el período de estudio.

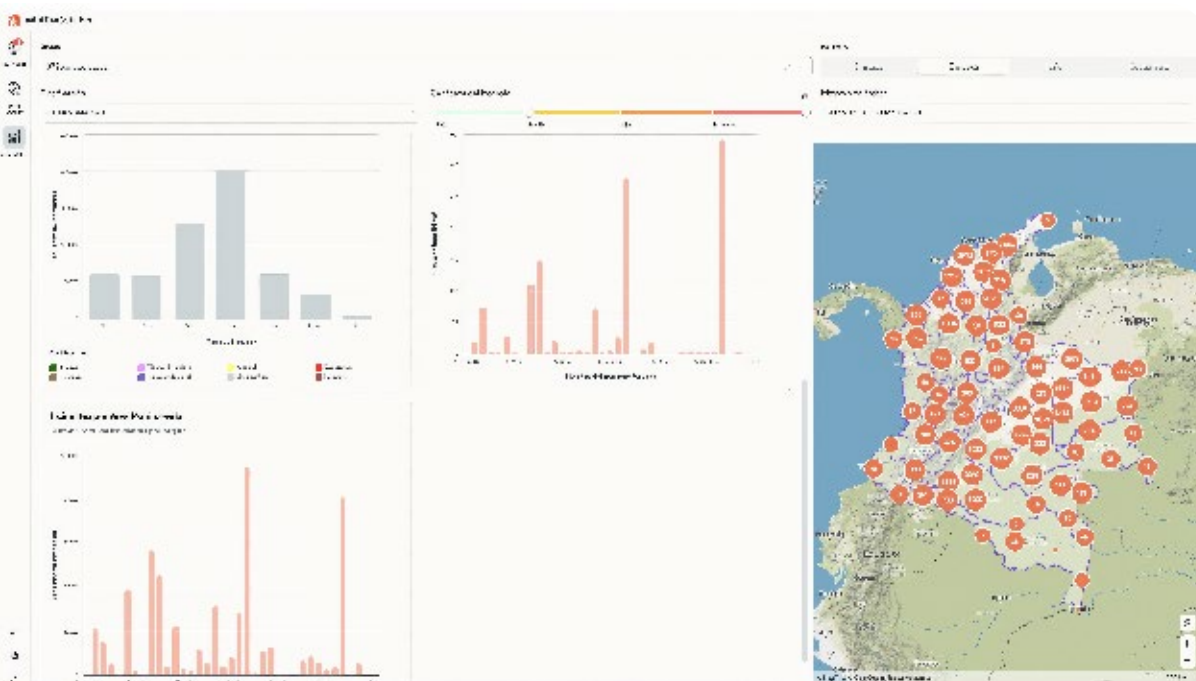
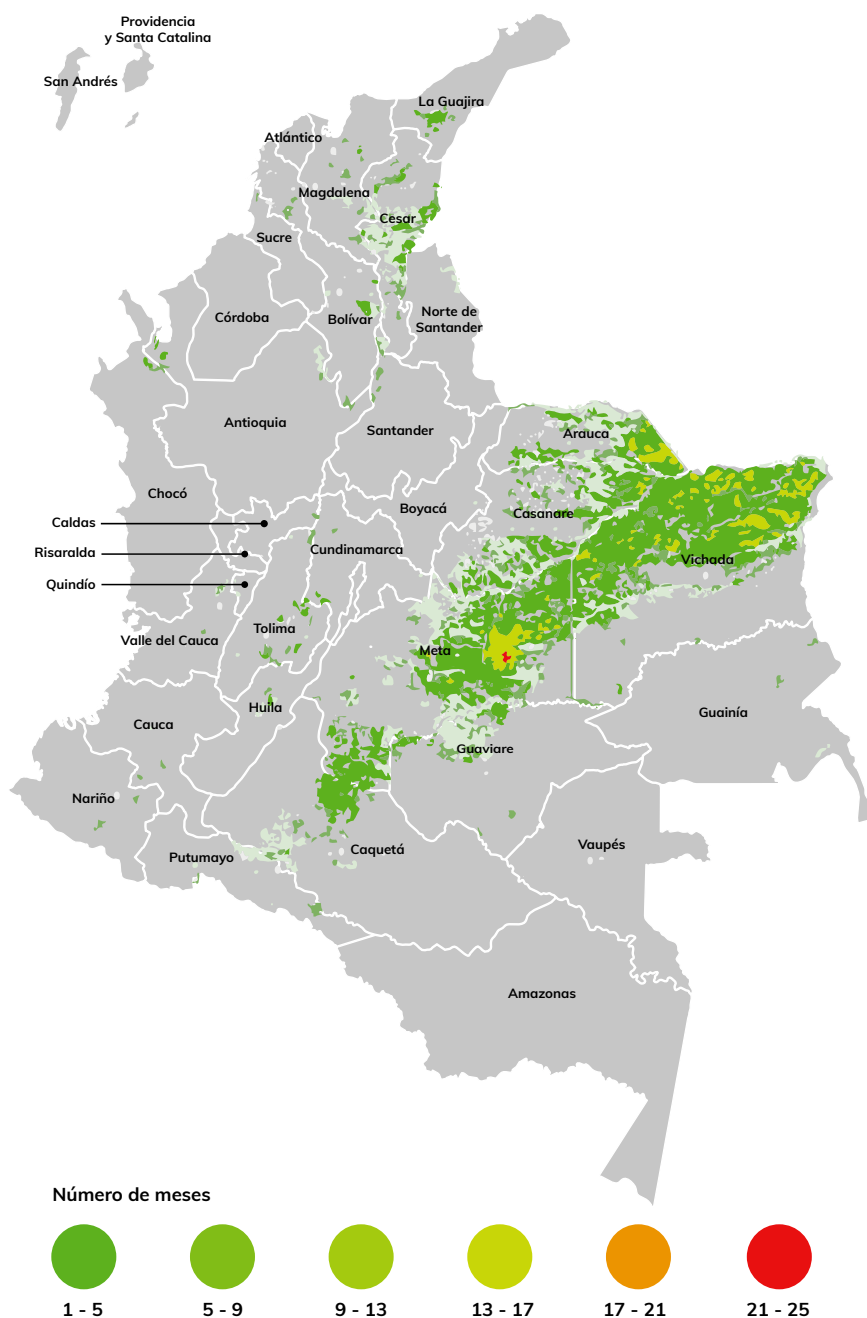


Figura 3. Comportamiento espacial y temporal de los incendios forestales registrados en Colombia durante los últimos seis meses mediante la plataforma Wildfire Solution.

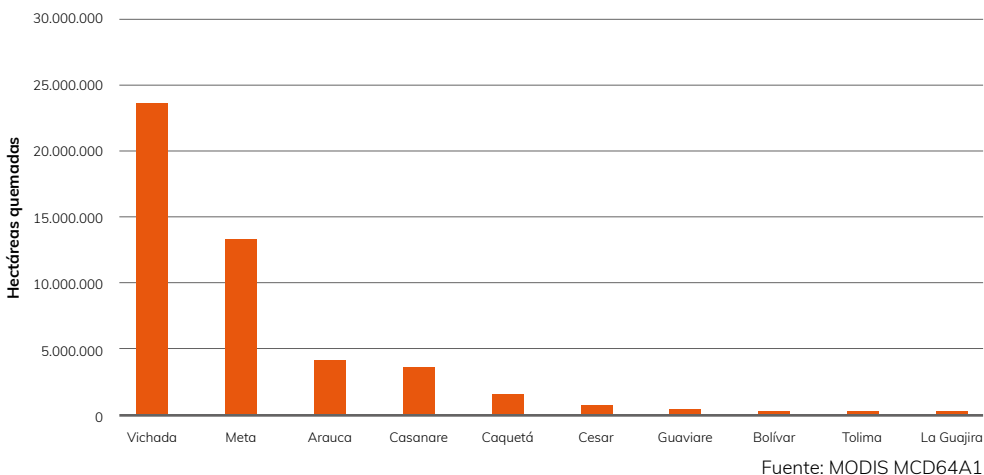
Mapa 2. Frecuencia de área quemada (Enero 2001 - Diciembre 2025)

La frecuencia indica cuántas veces una misma zona fue detectada como quemada durante el período analizado. Por ejemplo, un valor de 1 a 5 significa que el área fue identificada como quemada entre una y cinco veces; valores más altos indican mayor recurrencia del fuego en ese territorio

A diferencia de los registros basados en reportes institucionales, que documentan eventos atendidos o registrados por distintas entidades, el análisis satelital permite observar directamente la huella espacial del fuego sobre el territorio. Por esta razón, no debe interpretarse como una fuente equivalente a los inventarios de emergencias o a los reportes operativos, sino como una fuente complementaria. Mientras los registros institucionales permiten analizar ocurrencia, atención, daños, afectaciones y contexto territorial de los eventos, la información satelital permite estimar la superficie quemada y reconocer patrones espaciales de recurrencia.

Los resultados muestran una marcada concentración del área quemada en departamentos de la Orinoquía. Vichada registra la mayor área acumulada, con aproximadamente **23'820.040 hectáreas**, seguido por Meta, con **13'498.750 hectáreas**. También se destacan Arauca, con **4'489.830 hectáreas**; Casanare, con **3'755.940 hectáreas**; y Caquetá, con **1'852.640 hectáreas**. Esta distribución evidencia que las mayores superficies quemadas se concentran en regiones de sabana, llanura y transición amazónica, donde la continuidad de la vegetación, la disponibilidad de combustibles y las condiciones climáticas pueden favorecer incendios de gran extensión.

Gráfica 5. Departamentos con mayor área quemada acumulada en Colombia en el período de tiempo 2001 - 2025



Este comportamiento coincide con una de las principales conclusiones del análisis histórico presentado en el capítulo: la frecuencia de ocurrencia de incendios no siempre coincide con la magnitud de la superficie afectada. Algunos departamentos andinos pueden registrar mayor número de eventos reportados, pero con áreas quemadas relativamente menores; en contraste, departamentos de la Orinoquía pueden presentar menos eventos, pero con incendios de mayor extensión territorial. Esta diferencia es clave para la gestión del riesgo, ya que permite distinguir entre territorios con alta recurrencia de incidentes y territorios con mayor potencial de afectación espacial.

El análisis de frecuencia de quema permite, además, identificar zonas donde el fuego se repite de forma persistente a lo largo del tiempo. Estas áreas recurrentes pueden estar asociadas a dinámicas productivas, prácticas de manejo del suelo, condiciones de vegetación, ciclos climáticos o procesos de transformación territorial. En este sentido, la información satelital no solo permite cuantificar la superficie quemada, sino también reconocer patrones espaciales que pueden orientar acciones de prevención, monitoreo y priorización territorial.

La integración de esta información con los registros institucionales permite avanzar hacia una lectura más completa de los incendios forestales en Colombia. Por un lado, los reportes oficiales permiten comprender la ocurrencia de emergencias, la respuesta institucional y las afectaciones registradas sobre población, infraestructura y medios de vida. Por otro lado, el análisis satelital permite dimensionar la extensión espacial del fuego y reconocer territorios con recurrencia histórica de quema. En conjunto, estas fuentes aportan evidencia complementaria para fortalecer la gestión del riesgo, la planificación ambiental, el ordenamiento territorial y el diseño de estrategias diferenciadas de prevención y preparación.

De esta manera, el análisis satelital multitemporal de área quemada aporta una base objetiva para identificar patrones territoriales del fuego en Colombia durante el período 2001–2025. Su incorporación al capítulo permite complementar la perspectiva histórica de los registros institucionales con una lectura espacial del fenómeno, contribuyendo a una comprensión más integral de los incendios forestales y de sus implicaciones para la gestión del riesgo de desastres.

Como se ha expuesto a lo largo del capítulo, los incendios forestales en Colombia no ocurren de manera homogénea en todos los territorios, ni pueden comprenderse únicamente a partir de cifras, registros técnicos o series históricas. Detrás de cada dato existen condiciones climáticas, características ecosistémicas, formas de ocupación del territorio, prácticas productivas y relaciones sociales y culturales con el fuego. Por esta razón, el análisis presentado constituye un punto de partida para avanzar hacia una mirada más integral e intercultural, en la que la información institucional y científica dialogue con los conocimientos, experiencias y prácticas de las comunidades que han convivido históricamente con el fuego.

Desde esta perspectiva, el capítulo permite reconocer que la gestión de los incendios forestales requiere ir más allá de la atención de emergencias y de la lectura aislada de indicadores. Su comprensión exige integrar la información técnica con las realidades territoriales, las dinámicas ambientales y las formas locales de manejo del paisaje. Así, el análisis de los patrones de ocurrencia, recurrencia y afectación del fuego aporta elementos clave para fortalecer el Manejo Integral del Fuego, orientar la reducción del riesgo y apoyar decisiones más pertinentes, diferenciadas y acordes con las condiciones de cada territorio.

CAPÍTULO 2

Introducción al manejo integral del fuego



En el año 2021, Colombia firmó el Memorando de Entendimiento de Cooperación y Asistencia Mutua para el Manejo Integral del Fuego (MIF) entre los países miembros de la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA). En este instrumento se acoge la definición de manejo integral del fuego, reconociéndolo como un enfoque amplio, holístico e integrado para abordar los asuntos relacionados con el fuego, considerando las interacciones biológicas, ambientales, culturales, sociales, económicas y políticas, y asumiendo que el fuego puede generar efectos tanto positivos como negativos para la conservación de los ecosistemas y el desarrollo sostenible.

El manejo integral del fuego comprende tres componentes: el manejo del fuego, la ecología del fuego y la cultura del fuego.

- Manejo del fuego: se refiere al conjunto de decisiones y acciones técnicas orientadas al uso del fuego para la prevención, detección, control y contención de incendios, así como a su aplicación planificada en un paisaje determinado, con el fin de cumplir metas y objetivos específicos.
- Cultura del fuego: considera las necesidades e impactos socioeconómicos asociados al fuego, incluyendo su uso tradicional por parte de distintos actores rurales, en particular pueblos indígenas, comunidades locales y otros grupos étnicos y rurales.
- Ecología del fuego: es la disciplina científica que estudia los procesos naturales y antropogénicos relacionados con el fuego y su papel como proceso ecológico, así como sus efectos e interacciones. Analiza tanto los aspectos beneficiosos como los impactos perjudiciales que puede generar en ambientes sensibles, tolerantes o resistentes al fuego.

El manejo integral del fuego constituye el eje en el que convergen estos tres pilares. La ausencia de alguno de ellos debilita la comprensión y la gestión del sistema.

Dimensión ecológica (fundamento biofísico)

Sin el soporte de la ecología del fuego, las estrategias de intervención carecen de sustento. Desconocer los regímenes de fuego, como su frecuencia, intensidad, severidad y estacionalidad, puede generar impactos significativos en distintos tipos de ecosistemas.

En ecosistemas dependientes o influenciados por el fuego, la supresión sistemática o el uso inadecuado del fuego puede alterar la biodiversidad, modificar los ciclos de nutrientes y afectar los procesos de sucesión vegetal, reduciendo su capacidad de regeneración natural.

En ecosistemas sensibles al fuego, es decir, aquellos que no han evolucionado con este disturbio como parte de su dinámica ecológica, la ocurrencia de incendios, especialmente cuando son de alta severidad o repetitivos, puede provocar la pérdida irreversible de cobertura vegetal, la degradación del suelo, la disminución de los servicios ecosistémicos y cambios estructurales de largo plazo.

Una gestión que no incorpore estas diferencias ecológicas incrementa el riesgo de degradación, de transformaciones no deseadas del paisaje y de pérdida de la funcionalidad ecosistémica.

Dimensión cultural (componente socioecológico)

La exclusión de la cultura del fuego, que integra los conocimientos tradicionales, los sistemas productivos locales y las dinámicas socioeconómicas de las comunidades, conduce a una gestión desvinculada de las realidades territoriales. Desconocer, desincentivar o criminalizar prácticas históricas sin procesos previos de diálogo, concertación y mediación social debilita la gobernanza, profundiza la conflictividad y erosiona la confianza institucional. Como consecuencia, las políticas de gestión del riesgo y ambientales pierden legitimidad social y reducen significativamente su efectividad y sostenibilidad en el tiempo.

Dimensión técnica (capacidad operativa y de gestión)

El manejo del fuego constituye la dimensión operativa del enfoque. Comprende la planificación, organización y ejecución de acciones para el uso planificado del fuego. Sin capacidades técnicas suficientes, como infraestructura adecuada, protocolos definidos, talento humano capacitado y sistemas de información, las orientaciones ecológicas y los acuerdos sociales no se traducen en resultados concretos. La debilidad en esta dimensión limita la reducción del riesgo, la respuesta oportuna ante eventos extremos y la adaptación frente a escenarios de variabilidad y cambio climático.

En síntesis, el manejo integral del fuego no puede comprenderse como la suma aislada de acciones técnicas, conocimientos ecológicos o prácticas culturales, sino como la articulación equilibrada de estos tres componentes. Su aplicación exige reconocer las particularidades de cada ecosistema, fortalecer las capacidades institucionales y valorar los saberes de las comunidades que históricamente han convivido con el fuego. Desde esta perspectiva, el manejo integral del fuego se convierte en un punto de encuentro entre la ciencia, la gestión del riesgo y los conocimientos territoriales, abriendo el camino para construir estrategias más pertinentes, sostenibles y responsables frente a los incendios forestales en Colombia.

Manejo Integral del Fuego

Analiza la prevención, supresión y uso del fuego

Se refiere a la planificación, implementación y evaluación de prácticas relacionadas con el uso y control del fuego.

Esto incluye la prevención de incendios no deseados, las quemas controladas y la preparación para responder eficazmente a incendios forestales.



Manejo del fuego

Se relaciona con las necesidades e impactos socioeconómicos.

Se enfoca en el conocimiento, las actitudes y las prácticas de las comunidades frente al uso y manejo del fuego.

Busca entender cómo las comunidades interactúan culturalmente con el fuego para fomentar prácticas responsables y sostenibles.

Cultura del fuego



Ecología del fuego

Corresponde a los atributos clave del fuego en los diferentes ecosistemas

Estudia el papel que el fuego desempeña en los ecosistemas, y los efectos que trae sobre la biodiversidad, la regeneración de especies y los ciclos de nutrientes.

Busca comprender cómo el fuego forma parte del equilibrio natural en cada ecosistema.



Redefinición de las políticas de manejo del fuego para la reducción de incendios forestales: integrando saberes ancestrales y tradicionales

María Constanza Meza Elizalde



Los incendios forestales se han convertido en una preocupación mundial creciente por su vínculo con el cambio climático y por sus impactos en los ecosistemas, la biodiversidad, los medios de vida y las economías nacionales (North et al., 2015; IUFRO et al., 2018; Jones et al., 2022). Esta realidad evidencia que este fenómeno no puede abordarse únicamente desde la atención de emergencias ni desde enfoques centrados en la supresión, sino a partir de una comprensión más amplia de sus causas, efectos e interacciones con el territorio.

En Colombia, esta discusión adquiere especial relevancia, pues los incendios forestales están asociados con condiciones climáticas, transformaciones en el uso del suelo, prácticas productivas, dinámicas sociales y relaciones culturales diversas. Por ello, avanzar hacia políticas de manejo integral del fuego exige articular la evidencia científica, el conocimiento territorial, la gestión institucional y las voces de las comunidades que históricamente han convivido con este elemento.

En las últimas décadas, el aumento de las temperaturas globales, las sequías prolongadas y la mayor variabilidad climática han favorecido incendios forestales más frecuentes, extensos y severos. Esta tendencia se refleja en temporadas más largas y destructivas en distintas regiones del mundo, como Australia, el Ártico y América Latina, incluso en territorios donde históricamente la recurrencia de este fenómeno era baja o inexistente (Duane et al., 2021; Jones et al., 2022; PNUMA y GRID-Arendal, 2022).

Este panorama resulta especialmente relevante para Colombia, donde la reducción del riesgo exige comprender no solo las condiciones que favorecen la ignición y la propagación, sino también las transformaciones del territorio, los usos del suelo, las prácticas productivas y las capacidades institucionales y comunitarias para anticipar, prevenir y responder a estos eventos.

La creciente frecuencia e intensidad de los megaincendios ha evidenciado las limitaciones de las estrategias tradicionales para su gestión, en especial aquellas centradas en la supresión. En el actual escenario de cambio climático, las sociedades enfrentan el desafío de adaptarse a fenómenos más complejos, extensos y difíciles de controlar. Esto exige avanzar hacia enfoques integrales orientados a reducir el riesgo, proteger los ecosistemas y reconocer las formas en que distintas comunidades han construido relaciones culturales, productivas y territoriales con el fuego (Duane et al., 2021; IUFRO et al., 2018; Yebra et al., 2024).

Las políticas orientadas a prohibir o restringir de manera estricta el uso del fuego no siempre han demostrado eficacia para disminuir estos eventos. La evidencia señala que los enfoques

de supresión agresiva pueden alterar los regímenes de fuego, promover la acumulación de combustibles en zonas sometidas a restricciones y favorecer incendios más intensos, severos y difíciles de controlar (Ager et al., 2017; Huffman, 2013; Jensen et al., 2012).

Si bien diversas investigaciones han demostrado que las prácticas tradicionales de manejo del fuego, empleadas por pueblos indígenas y comunidades rurales, sostienen la subsistencia y los medios de vida locales y, bajo regímenes específicos, contribuyen a la gestión del paisaje, la regulación ecológica y la conservación de la biodiversidad (Berkes y Davidson-Hunt, 2006; Shaffer, 2010), los marcos institucionales aún tienden a desconocer el carácter multifuncional de estas prácticas en los usos comunitarios (Bilbao et al., 2019; Ponce-Calderón et al., 2021; Ponce-Calderón, 2024; Rodríguez, 2004).

A su vez, aunque el conocimiento ecológico tradicional asociado al fuego ha sido cada vez más reconocido por su contribución a la adaptación al cambio climático, la conservación de la biodiversidad y la promoción de enfoques integrados y sostenibles para su manejo (Eloy et al., 2020), las políticas vigentes continúan priorizando esquemas estandarizados de supresión y medidas restrictivas frente a su uso (Ford et al., 2021). Esto se refleja en la persistencia de marcos que prohíben o regulan de forma estricta las quemas (Bilbao et al., 2010, 2021; Kull, 2002; Navarro et al., 2017; Pivello, 2011; Seijo, 2005), desconociendo que las comunidades locales han desarrollado sistemas complejos de manejo basados en dichos saberes (Berkes y Davidson-Hunt, 2006).

Como resultado, la prohibición del uso tradicional del fuego ha desincentivado prácticas como las quemas controladas, lo que puede favorecer el aumento de incendios forestales y el deterioro de la biodiversidad y de servicios ecosistémicos esenciales (Eloy et al., 2020; Shaffer, 2010). Estas restricciones también han generado conflictos socioambientales, pues afectan directamente las prácticas tradicionales de las comunidades locales y producen tensiones en torno al manejo del territorio y de los recursos naturales (Ponce-Calderón et al., 2021; Ponce-Calderón, 2024).

Este panorama evidencia los límites de una gestión de incendios forestales fragmentada, con objetivos dispersos y sistemas de planificación poco articulados (Ager et al., 2017). Frente a ello, resulta necesario transformar la percepción institucional y social que asocia todo fuego con una amenaza (Segura y Moreno, 2022), y avanzar hacia soluciones integradoras, construidas con quienes habitan, conocen y cuidan los territorios. Reconocer esta diversidad de relaciones con el fuego permite fortalecer políticas más pertinentes, preventivas y territorialmente sostenibles.

Los conflictos culturales asociados al uso del fuego y a la gestión de incendios forestales se originan, en gran medida, en las diferencias de perspectiva entre las comunidades locales y los actores externos, especialmente las instituciones gubernamentales. Las prácticas tradicionales y los valores culturales, profundamente arraigados en los pueblos indígenas y las comunidades rurales, pueden entrar en tensión con enfoques de conservación que, con frecuencia, desconocen el papel ecológico y territorial de este elemento (Depietri y Orenstein, 2020). En muchas regiones, mientras las comunidades lo reconocen como una herramienta cultural

vital, las administraciones urbanas y estatales tienden a percibirlo principalmente como una amenaza; esta distancia genera resistencia frente a políticas consideradas perjudiciales para sus modos de vida y formas de manejo territorial (Molinero et al., 2008).

Si bien se han evidenciado conflictos entre comunidades locales e instituciones responsables del control de incendios, aún es limitada la comprensión sobre la manera en que las dinámicas sociales inciden en estas disputas (Paveglio et al., 2015). Del mismo modo, aunque se reconoce cada vez más la importancia de incorporar los saberes y conocimientos tradicionales en las estrategias de conservación, persisten desafíos para conciliar las distintas visiones de los actores involucrados e integrar plenamente estos aportes en la toma de decisiones (Eloy et al., 2020).

En este contexto, las investigaciones recientes han promovido un cambio en las políticas tradicionales basadas únicamente en la supresión de incendios, hacia enfoques más integra- dores que consideran las prácticas de manejo del fuego (Ager et al., 2017). Los retos actuales radican en equilibrar las necesidades de una extensa población rural con las perspectivas globales de reducción de incendios, garantizando que los intereses de todas las partes involucradas estén representados de manera equitativa (Archibald, 2016). Este panorama subraya la urgencia de adoptar enfoques innovadores para la gobernanza del fuego en las regiones afectadas (IUFRO, 2018).

Para implementar estos enfoques se requiere un marco legal que contemple los intereses de los actores involucrados, esté respaldado por evidencia rigurosa y establezca directrices nacionales específicas para la gestión de incendios (FAO, 2007). No obstante, definir reglas claras no basta: también es fundamental descentralizar la toma de decisiones, fortalecer los vínculos entre instituciones y comunidades, e integrar adecuadamente los aspectos biológicos, ecológicos, tecnológicos, económicos, sociales, culturales y ambientales que inciden en el uso del fuego y en la ocurrencia de incendios forestales en cada contexto territorial.

Con base en lo anterior, la implementación de un nuevo enfoque en las políticas de gestión de incendios forestales exige reconocer e integrar las necesidades y prácticas culturales locales, con el fin de mitigar los conflictos socioambientales derivados de las estrategias tradicionales (Depietri y Orenstein, 2020). En este contexto, comprender la diversidad de relaciones sociales en torno a estos eventos resulta fundamental para abordar los desafíos presentes y futuros (McCaffrey et al., 2013). Dicha comprensión requiere caracterizar elementos de las prácticas sociales, como las percepciones, las visiones del mundo, los valores, las actitudes, las creencias y los roles.

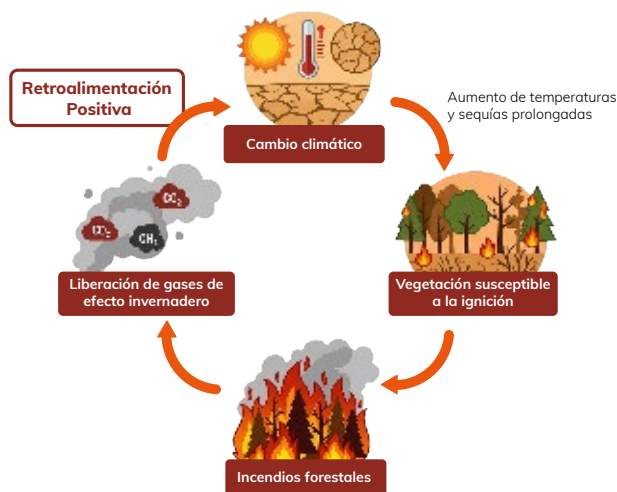
Las percepciones desempeñan un papel fundamental, ya que, si bien son personales, contribuyen a la construcción del imaginario colectivo (Soto, 2008). Asimismo, evolucionan con el tiempo, influidas por nuevas experiencias y por el contexto físico, cultural e ideológico (Fernández-Giménez, 2000). Por su parte, los roles sociales permiten comprender las dinámicas de interacción y su impacto en la generación y resolución de conflictos (Paveglio et al., 2015).

En vista de lo expuesto, la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres busca promover espacios de participación inclusiva con pueblos indígenas, comunidades campesinas, comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, y demás actores territoriales, con el propósito de incorporar sus necesidades en las estrategias de reducción del riesgo de incendios forestales y desarrollar soluciones conjuntas que articulen conocimientos técnicos, científicos y tradicionales.

Este enfoque reconoce que:

- El cambio climático y los factores socioeconómicos han modificado los regímenes de incendios.
- Es necesario implementar nuevas estrategias de adaptación.
- Resulta esencial visibilizar el vasto conocimiento ancestral y tradicional sobre el uso del fuego como herramienta de gestión territorial.

En suma, avanzar hacia una gestión integral del fuego implica superar los enfoques centrados exclusivamente en la supresión y reconocer que no todos los usos del fuego tienen el mismo origen, propósito o impacto. En este marco, los saberes y conocimientos tradicionales, en diálogo con la evidencia científica y las capacidades técnicas del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD), pueden fortalecer la reducción del riesgo de incendios forestales. Esta articulación consolida un cambio de paradigma orientado hacia políticas más pertinentes, preventivas y territorialmente sostenibles, capaces de reconocer el rol ecológico del fuego y revalorizar las prácticas culturales asociadas a su uso responsable.



La creciente incidencia de incendios forestales está estrechamente vinculada al cambio climático (Jones et al., 2022), pues el calentamiento y los periodos prolongados de sequía incrementan la susceptibilidad de la vegetación a la ignición. A su vez, los incendios liberan grandes cantidades de gases de efecto invernadero, lo que retroalimenta y agrava el calentamiento global (IUFRO et al., 2018; PNUMA y GRID-Arendal, 2022).

Efectos en cascada: Políticas de supresión



Incendios históricos



Políticas restrictivas y prohibición de quemas tradicionales



Supresión agresiva y pérdida del conocimiento tradicional



Acumulación de combustibles



Incendios más intensos, severos y difíciles de controlar



Conflictos socioambientales y riesgo a medios de vida



Prácticas tradicionales y ancestrales reconocidas (bajo régimen específico)



Contribución a la adaptación al cambio climático

MANEJO INTEGRAL DEL FUEGO
Reconocimiento y sostenibilidad



Reducción de incendios y riesgos



Sostenibles y conservación de biodiversidad



El fuego como cultura, economía y territorio

María Constanza Meza Elizalde

Sergio Alberto Bustos Trujillo

Lina Paola Garzón Yaya

Juan Camilo Cardona Ramírez



En el contexto colombiano, uno de los hallazgos más significativos de los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego (DIMIF) ha sido reconocer que el fuego no puede entenderse únicamente como un fenómeno físico ni como una amenaza que deba ser suprimida de manera automática. Para los pueblos indígenas, las comunidades campesinas y las comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras del país, este elemento no solo transforma el paisaje: también estructura relaciones sociales, organiza calendarios agrícolas y ganaderos, y expresa formas específicas de habitar y cuidar el territorio.

Estas comunidades y actores territoriales han desarrollado, a lo largo de generaciones, saberes profundos sobre cuándo, cómo y para qué emplear el fuego, integrándolo a prácticas productivas, culturales y territoriales. Las quemas tradicionales, realizadas bajo criterios de temporalidad, humedad, dirección del viento y acuerdos colectivos, hacen parte de un conocimiento acumulado que ha permitido la renovación de pasturas, el manejo de sabanas, la preparación de suelos y la reducción de cargas de combustible.

Desde esta perspectiva, comprender este elemento únicamente como un factor de riesgo supone desconocer su profundidad histórica, cultural y territorial. El fuego también tiene una dimensión económica, en tanto interviene en las actividades agropecuarias, en el manejo de los recursos naturales y en la configuración de los paisajes productivos.

A través de su uso se organizan ciclos laborales y calendarios agrícolas y ganaderos; además, en muchos contextos, contribuye a la seguridad alimentaria y a la sostenibilidad de los medios de vida. Sin embargo, cuando existen vacíos regulatorios, debilidades institucionales o ausencia de gobernanza territorial, puede convertirse en fuente de conflicto, ser utilizado para prácticas ilegales o actuar como factor de degradación ambiental.

Por ello, la gestión del fuego ha estado marcada por tensiones persistentes entre el reconocimiento de usos tradicionales y la expansión de fronteras productivas, así como entre la regulación diferenciada y las políticas de supresión total. Abordar estas tensiones resulta fundamental para avanzar hacia esquemas de manejo integral que distingan entre prácticas culturales responsables y dinámicas que incrementan el riesgo y el deterioro ambiental.

Sobre todo, el fuego es territorio. No existe como un evento aislado: se inscribe en relaciones de poder, modelos de ocupación, decisiones de planificación y dinámicas climáticas cada vez más extremas. En un escenario de cambio climático, donde la frecuencia e intensidad de los incendios aumentan, comprenderlo desde una perspectiva ecológica, cultural, económica e institucional resulta indispensable para reconocer tanto sus riesgos como sus funciones en la vida de los territorios.

Las comunidades proponen, entonces, una lectura compleja: no conciben el fuego como enemigo absoluto ni como práctica incuestionable, sino como un fenómeno socioecológico y cultural que exige gobernanza, diálogo de saberes y políticas públicas sensibles a la diversidad territorial. Entenderlo como cultura, economía y territorio implica reconocer que su manejo no puede limitarse a la respuesta ante emergencias, sino integrarse a procesos de gestión del riesgo de desastres, desarrollo sostenible, conservación de la biodiversidad y fortalecimiento de la resiliencia comunitaria.

Cultura

El fuego no solo quema. También une, da vida, cuenta historias y teje identidades.

Hablar del fuego en los territorios rurales de Colombia es hablar de memoria viva, identidad y conocimiento heredado. Durante los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego (DIMIF), las comunidades insistieron en que este elemento no es solo una herramienta productiva ni una amenaza ambiental: es parte de un sistema cultural que articula territorio, espiritualidad, economía y organización social.

Esta dimensión cultural no se expresa únicamente en relatos, música o celebraciones; también se manifiesta en técnicas específicas de quema que forman parte del patrimonio práctico de las comunidades. En los Llanos Orientales, por ejemplo, los llaneros describieron las “quemas mechoneadas”, una técnica tradicional que consiste en encender pequeños focos dispersos o “mechones” para que el fuego avance de manera fragmentada, lenta y controlada. Esta práctica reduce la intensidad de la combustión, evita grandes frentes de llama y genera mosaicos en el paisaje que favorecen la regeneración de pasturas y la movilidad del ganado. No se trata de una quema indiscriminada: responde a la lectura del viento, de la humedad del suelo y del momento preciso del verano, y se transmite de generación en generación como parte del saber llanero.

En la Sierra Nevada de Santa Marta, el pueblo Arhuaco también ha desarrollado prácticas asociadas al uso del fuego desde su cosmovisión. Para este pueblo, el territorio es un cuerpo vivo que requiere equilibrio y armonización. Las quemas tradicionales, realizadas bajo la orientación de autoridades espirituales, hacen parte del ordenamiento ancestral del territorio y de las prácticas de armonización con la naturaleza. En este contexto, el fuego no es únicamente un medio para transformar

el suelo; es un elemento sagrado, vinculado a la Ley de Origen, a los pagos y a la responsabilidad colectiva de mantener el equilibrio entre lo material y lo espiritual.

Del Caribe a la Amazonía, comunidades campesinas y pueblos indígenas reconocen el uso del humo como una práctica cultural propia, especialmente en sistemas como la chagra o el conuco. Durante los diálogos, explicaron que este cumple funciones específicas en el cuidado de los cultivos: protege de algunos insectos, acompaña la preparación del suelo y favorece el desarrollo de los frutos. Cuando afirman que el humo ayuda a que los frutos se pongan “más bonitos”, no se refieren únicamente a su apariencia, sino a que se formen mejor, adquieran buen color, firmeza y calidad; es decir, que crezcan sanos y bien logrados, aptos para el consumo familiar y el intercambio comunitario.

En este mismo sentido, el fogón tradicional, como espacio central de la vivienda rural, constituye una práctica cultural común en diversas comunidades del territorio nacional. No es solo una herramienta para cocinar; es un núcleo simbólico del hogar. En torno a él se reúne la familia, se transmiten recetas, conocimientos sobre semillas y ciclos agrícolas, historias del territorio y normas de convivencia. Allí se enseña cuándo sembrar, cómo preparar la tierra y cómo conservar los alimentos. El humo que asciende del fogón acompaña la preparación de los alimentos, pero también representa continuidad, memoria y arraigo. Por ello, su presencia está asociada a la identidad cultural y a la transmisión de saberes intergeneracionales.



Estas prácticas —las quemas mechoneadas, el uso ritual del fuego en la Sierra Nevada de Santa Marta, el manejo del humo en la chagra y la centralidad del fogón— constituyen expresiones culturales porque hacen parte de sistemas de conocimiento compartidos, regulados socialmente y transmitidos de generación en generación. En ellas se articulan la observación ecológica, la ética territorial, la espiritualidad y la organización comunitaria. No son actos aislados, sino formas específicas de habitar, cuidar y comprender el territorio.

Sin embargo, los diálogos también evidenciaron tensiones. Cuando estos saberes son desconocidos o equiparados sin distinción con actividades ilegales, se produce una ruptura entre la institucionalidad y las comunidades. La desvalorización del conocimiento local debilita la confianza y dificulta la construcción conjunta de soluciones. Al mismo tiempo, la transformación acelerada de los territorios y el cambio climático exigen revisar, fortalecer y, en algunos casos, adaptar estas prácticas a nuevas condiciones ambientales.

Economía

El fuego en la economía del hogar campesino

Comprender el fuego únicamente como amenaza ambiental o como símbolo cultural resulta insuficiente. En los territorios rurales de Colombia, también constituye una herramienta económica esencial, vinculada con la subsistencia familiar, la organización del trabajo y la sostenibilidad de las fincas campesinas.

El proceso DIMIF permitió identificar cuatro ámbitos principales en los que este elemento se integra a la economía del hogar rural: (i) la cocción y transformación de alimentos; (ii) la preparación y el manejo del suelo; (iii) el manejo de cultivos y sistemas ganaderos; y (iv) la reducción de cargas de combustible para prevenir incendios dentro de las fincas. Estos ámbitos evidencian que no se trata de un recurso marginal, sino de una tecnología cotidiana, accesible y profundamente arraigada en la vida productiva.

Estos cuatro ámbitos evidencian que el fuego forma parte estructural de la economía familiar rural en Colombia. Su uso está asociado con la reducción de costos, la autonomía productiva, la seguridad alimentaria y la prevención del riesgo dentro de las fincas. Desconocer esta dimensión puede conducir a políticas que, aunque bien intencionadas, resulten inviables o generen impactos negativos sobre los medios de vida rurales.

Por ello, el manejo integral del fuego debe partir de una comprensión amplia que reconozca su función productiva y permita diferenciar entre prácticas tradicionales responsables, reguladas por saberes comunitarios, y usos que favorecen la degradación ambiental o la expansión no sostenible. Solo desde esta mirada será posible equilibrar la reducción del riesgo con la protección de las economías familiares y comunitarias rurales.

Cocción y transformación de alimentos

El fuego es el centro energético del hogar rural. En muchas zonas donde el acceso a gas o electricidad es limitado, intermitente o costoso, el fogón de leña continúa siendo la principal fuente de energía para cocinar, hervir agua, preparar alimentos y transformar productos agrícolas. No se trata únicamente de una práctica heredada, sino de una infraestructura energética doméstica que articula producción, consumo y cultura.

La cocción con leña permite procesar maíz, yuca, plátano, carnes y granos; elaborar derivados como panela o quesos artesanales; y conservar alimentos mediante secado o ahumado. Durante los DIMIF, las personas participantes señalaron que, en regiones paneleras, el fuego es indispensable para la transformación de la caña en panela, actividad que sostiene economías familiares y circuitos locales de comercialización. En zonas ganaderas, la producción artesanal de quesos también depende del calor constante y controlado que provee la leña. En algunos territorios amazónicos, el ahumado de pescado y carne no solo mejora el sabor, sino que garantiza su conservación en contextos donde la refrigeración es inexistente o precaria.

Este uso cotidiano del fuego responde a una racionalidad económica clara: reduce costos al evitar la compra permanente de combustibles industriales, aprovecha residuos agrícolas y madera proveniente de podas o del manejo del predio, y fortalece la autonomía energética del hogar. El fogón convierte subproductos —ramas secas, rastrojos y trozos no comerciales de madera— en energía útil, cerrando ciclos dentro de la misma unidad productiva.

Además, desde la visión de los hogares rurales, el fuego es una expresión concreta de autonomía alimentaria. No solo transforma la producción agrícola en alimento listo para el consumo, sino que permite a las familias decidir qué sembrar, cómo procesarlo y cómo consumirlo, sin depender exclusivamente de cadenas externas de suministro. El fogón permite convertir la cosecha en comida cotidiana, conservar excedentes mediante el secado o el ahumado y asegurar agua apta para el consumo, fortaleciendo la capacidad del hogar de sostenerse con lo que produce. Así, el fuego no es únicamente energía: es soberanía práctica, es la posibilidad de cerrar el ciclo entre la tierra, el trabajo y la mesa, bajo control directo de las familias rurales.

Existe también una dimensión de organización social y de género: tradicionalmente, muchas mujeres rurales han sido guardianas de los saberes asociados al manejo del fogón, los tiempos de cocción, la intensidad del calor y las técnicas de conservación de alimentos. Este conocimiento constituye un patrimonio inmaterial que articula prácticas productivas, alimentación, cuidado del hogar y transmisión intergeneracional de saberes.

Sin embargo, este rol central también plantea desafíos. El uso de leña en condiciones inadecuadas puede generar afectaciones a la salud por exposición al humo intradomiciliario y ejercer presión sobre bosques cercanos cuando no existe un manejo sosten-

nible del recurso. Por ello, las personas participantes de los DIMIF señalaron que la transición hacia estufas más eficientes, sistemas técnicos apropiados o esquemas de manejo forestal comunitario no implica reemplazar el fogón ni desconocer su valor, sino optimizar su uso, reconociendo su función económica, cultural y alimentaria.

Preparación y manejo del suelo

En distintas regiones del país, el fuego ha sido empleado históricamente para la preparación controlada del terreno antes de la siembra. Desde la perspectiva de las comunidades rurales, esta práctica no se concibe como un uso indiscriminado ni permanente, sino como una herramienta puntual dentro de un ciclo más amplio de manejo del territorio. Las personas participantes señalaron que debe aplicarse a escala adecuada, en áreas pequeñas y con baja frecuencia, permitiendo que el suelo descanse y recupere su fertilidad. Cuando las quemas se repiten sin intervalos suficientes o se amplían más allá de la capacidad de regeneración del suelo, este pierde estructura, disminuye su materia orgánica y se degrada.

En el manejo comunitario de la tierra, el uso del fuego ha estado vinculado a sistemas productivos de pequeña escala, en los que la rotación de cultivos y los periodos de descanso del suelo son parte integral de su cuidado. En territorios indígenas y rurales, los sistemas de chagra o conuco incorporan la quema controlada dentro de ciclos largos que combinan cultivo, barbecho y regeneración natural. En estos contextos, el fuego no sustituye el cuidado del suelo: lo complementa bajo reglas precisas.



No obstante, durante los DIMIF, las personas participantes identificaron que el uso del fuego para la preparación del suelo enfrenta desafíos crecientes. Señalaron que las variaciones climáticas actuales —mayores periodos de sequía, cambios en la intensidad del viento y alteraciones en los patrones de lluvia— incrementan la probabilidad de que una quema controlada escape al control previsto. Asimismo, manifestaron que la deforestación y la acumulación de material vegetal combustible en predios abandonados o sin manejo adecuado pueden favorecer una propagación más rápida, lo que impone nuevos retos para su contención.

En los diálogos también se identificó una brecha generacional preocupante. Las personas participantes menores de 30 años manifestaron que, en muchos casos, ya no conocen las técnicas tradicionales para delimitar el área, interpretar la dirección y velocidad del viento, leer la humedad del suelo o identificar el momento preciso del calendario agrícola para realizar una quema segura. Esta pérdida de conocimiento es percibida como un riesgo mayor que la práctica misma, pues, al desaparecer las técnicas adecuadas, aumenta la probabilidad de incendios no controlados y de degradación del suelo.

A esta brecha se suma otro fenómeno estructural identificado durante los diálogos: el debilitamiento del relevo generacional en el campo. Las personas participantes señalaron que, hace algunos años, las quemas se realizaban en familia o con apoyo de vecinos y redes comunitarias. Hoy, muchos hogares están conformados por personas mayores que deben asumir solas labores que antes eran colectivas. A su vez, los vecinos, también envejecidos, ya no cuentan con la misma capacidad física para apoyar, vigilar o reaccionar oportunamente ante un cambio inesperado en el comportamiento de la quema. Esta disminución de fuerza laboral y de relevo generacional dificulta mantener los niveles de control y seguridad que existían décadas atrás.

Otro factor de riesgo identificado es el desplazamiento forzado. Cuando una familia llega a un nuevo territorio e implementa prácticas de quema aprendidas en otra región, puede desconocer las particularidades ecológicas y climáticas del lugar. Si bien existen principios generales —quemar en horas de menor viento, delimitar el área y evitar periodos de sequía extrema—, el manejo seguro del fuego exige una lectura fina del entorno: reconocer señales de la flora, comportamientos de la fauna, ciclos de floración y variaciones microclimáticas. Sin esa lectura local, el margen de error se amplía considerablemente.

Frente a este panorama, las personas participantes coincidieron en que el trabajo colectivo es una de las principales alternativas para continuar con esta práctica de manera segura. Reforzar las mingas, recuperar acuerdos comunitarios, promover espacios de transmisión intergeneracional de saberes y coordinar las quemas de forma conjunta son estrategias que permiten reducir riesgos y fortalecer la gobernanza local. El desafío no es únicamente técnico, sino también social: mantener vivo el conocimiento, reconstruir redes de apoyo y adaptar una práctica tradicional a nuevas condiciones demográficas y climáticas, sin perder su carácter regulado y sostenible.

Manejo de cultivos y ganado

El fuego también cumple funciones relevantes en el manejo de cultivos y sistemas agropecuarios. En distintas regiones del país, especialmente en zonas de sabana, las quemas controladas han sido utilizadas para renovar el rebrote de pastos destinados al ganado, controlar la expansión de arbustos leñosos y reducir la presencia de ciertas plagas. En estos contextos, no se concibe como un evento aislado, sino como una herramienta periódica dentro del calendario productivo.

En muchas fincas y predios rurales, el ganado no es únicamente un medio de producción; también constituye ahorro, patrimonio y respaldo ante emergencias. Una vaca puede representar la posibilidad de cubrir gastos imprevistos, financiar estudios o enfrentar una mala cosecha. Por ello, el mantenimiento adecuado de las pasturas incide directamente en la estabilidad económica de los hogares rurales. El uso regulado del fuego para renovar potreros, cuando se realiza bajo criterios técnicos y comunitarios, contribuye a la productividad del hato y a la sostenibilidad del sistema familiar.

Para pequeños productores y hogares rurales, estas prácticas representan una alternativa de bajo costo frente al uso de maquinaria pesada, desbrozadoras o herbicidas. Durante los diálogos, las personas participantes señalaron que la maquinaria, aunque puede ser eficiente en grandes extensiones, no solo resulta costosa, sino que también puede generar compactación del suelo, especialmente cuando se emplea de manera reiterada o en terrenos húmedos.

De igual forma, manifestaron preocupación frente al uso de herbicidas químicos. Según su experiencia, estos insumos no solo implican altos costos, sino que también afectan la vida del suelo y pueden contaminar fuentes de agua cercanas. Para muchas comunidades rurales, el suelo no es un simple soporte físico, sino un organismo vivo que debe mantenerse activo y fértil; por ello, perciben que ciertas prácticas químicas “matan la tierra” y generan dependencia de insumos externos.

En contraste, sostienen que el fuego bien manejado —aplicado en áreas pequeñas, en momentos adecuados y con intervalos suficientes para la recuperación— no produce esos mismos impactos estructurales. Afirman que, cuando se usa con conocimiento local, no compacta el suelo ni introduce sustancias externas, y sus efectos pueden ser temporales y controlables. En economías rurales de escala familiar, donde el capital es limitado y los márgenes de rentabilidad son estrechos, esta práctica funciona como una tecnología accesible que optimiza el uso del territorio sin requerir grandes inversiones ni generar dependencia de insumos industriales.

Aun así, incluso quienes defienden su uso reconocen que su sostenibilidad depende de la escala, la frecuencia y el respeto por los tiempos de recuperación del ecosistema. El debate no se plantea como una oposición absoluta entre tecnologías, sino como una reflexión sobre impactos, autonomía y coherencia con los sistemas productivos familiares y comunitarios.

De manera similar, el manejo del fuego en pasturas enfrenta retos contemporáneos. Los cambios en el régimen de lluvias, el aumento de temperaturas y la expansión de monocultivos o infraestructura han modificado la dinámica del paisaje. Una quema que en el pasado se mantenía dentro de límites previsibles puede hoy encontrar mayor continuidad de material combustible o condiciones meteorológicas más extremas. Esto exige mayor planificación, coordinación con predios vecinos y, en algunos casos, acompañamiento institucional.

En los espacios de diálogo comunitario, las personas participantes señalaron que el desafío no es eliminar esta práctica, sino fortalecer las capacidades para realizarla con mayor seguridad. Coincidieron en que su uso en sistemas agropecuarios debe integrarse a estrategias más amplias de ordenamiento predial, rotación de potreros, cercas vivas y manejo de carga animal, de modo que no se convierta en la única herramienta disponible.

Asimismo, señalaron que el fuego, en el manejo de cultivos y sistemas ganaderos, hace parte de una racionalidad productiva adaptada a contextos rurales específicos. Utilizado con conocimiento, escala adecuada y coordinación social, puede contribuir a la sostenibilidad de las unidades productivas familiares y comunitarias. Sin regulación y sin transmisión de saberes, en cambio, puede transformarse en un factor de riesgo. Por ello, el equilibrio entre tradición, técnica y gobernanza territorial resulta clave.



Reducción de combustibles y prevención de incendios en la finca

Un aspecto destacado en los diálogos fue que el fuego no solo puede generar incendios; también puede contribuir a prevenirlos. Las personas participantes insistieron en que la discusión pública suele asociarlo exclusivamente con desastre y pérdida, invisibilizando su uso preventivo en contextos rurales. En algunos territorios, se emplean quemas tempranas y de baja intensidad para reducir la acumulación de material seco, especialmente antes del inicio de las temporadas más secas. Al disminuir la carga de combustible —hojarasca, pasto seco y rastrojos acumulados— se reduce la probabilidad de que un incendio accidental o provocado alcance altas temperaturas y se propague con rapidez.

Desde esta perspectiva, el uso planificado del fuego se convierte en una herramienta de gestión del riesgo a escala predial y comunitaria. No es un acto improvisado, sino una estrategia preventiva basada en la experiencia acumulada sobre el comportamiento del clima, la vegetación y el relieve. Las comunidades explicaron que estas quemas se realizan cuando aún existe cierta humedad en el ambiente y en el suelo, lo que permite que avancen lentamente, con menor intensidad y mayores posibilidades de control.

Varias personas participantes señalaron que, en años anteriores, cuando estas prácticas eran más comunes y coordinadas entre vecinos, los incendios de gran magnitud eran menos frecuentes en determinadas zonas, pues el paisaje no acumulaba volúmenes excesivos de material inflamable. En su lectura, la prohibición absoluta o el abandono de estas prácticas ha contribuido, en algunos casos, a que los predios acumulen combustible durante largos periodos, generando condiciones propicias para eventos más severos durante sequías prolongadas.

Sin embargo, también reconocen que esta estrategia requiere conocimiento, coordinación comunitaria y lectura constante de las condiciones climáticas. Una quema preventiva mal planificada puede convertirse en el riesgo que buscaba evitar. Por ello, insisten en que no se trata de promover el uso indiscriminado del fuego, sino de integrarlo a esquemas de manejo integral que incluyan cortafuegos, vigilancia activa, comunicación con predios vecinos y seguimiento a los pronósticos climáticos.

En este sentido, el fuego deja de ser únicamente un factor de amenaza y se posiciona como una herramienta de manejo adaptativo del territorio. Utilizado con criterios de oportunidad, escala y control, puede contribuir a reducir la severidad de incendios futuros. El desafío, como lo expresaron las personas participantes, es reconocer esta dimensión preventiva dentro de las políticas públicas y fortalecer las capacidades locales para ejercerla con responsabilidad y seguridad.

Territorio

Si el fuego es parte constitutiva del territorio, su manejo expresa la manera en que las comunidades han construido formas propias de habitar, ordenar y regular el espacio

a lo largo del tiempo. Más que una práctica aislada, configura una estrategia territorial que articula conocimiento ecológico, organización social y control del paisaje. Lejos de ser improvisado, revela una racionalidad profundamente adaptada a las dinámicas ambientales y productivas locales.

Este enfoque permitió visibilizar cómo las comunidades estructuran sus prácticas a partir de saberes transmitidos generacionalmente, combinando observación del entorno, experiencia acumulada y acuerdos colectivos. Estos elementos no solo orientan decisiones técnicas, sino que también organizan espacial y temporalmente las intervenciones sobre el territorio.

El manejo del fuego incorpora, además, indicadores ecológicos tradicionales para anticipar variaciones climáticas y definir el momento oportuno de intervención. La observación del comportamiento de zamuros, luciérnagas u otras señales del entorno permite ajustar decisiones y reducir la incertidumbre frente a los cambios del clima. Estos indicadores no son elementos aislados, sino parte de un sistema de conocimiento que vincula fauna, vegetación, humedad, clima y uso del suelo en una lectura integral del paisaje.

A partir de estos saberes, en los diálogos se identificaron dos grandes momentos o “tiempos” para realizar las prácticas de quema, dependiendo de las condiciones ecológicas y productivas de cada territorio. Algunas comunidades las llevan a cabo antes del establecimiento pleno de las lluvias. En este periodo de transición, aún existe cierta humedad en el suelo y en la vegetación, lo que permite una combustión de menor intensidad y más controlable. Además, esta temporalidad facilita la regeneración posterior de pasturas y cultivos con la llegada de las precipitaciones, integrando la quema a los ciclos naturales de recuperación.

Otras comunidades, en cambio, realizan quemas durante el verano o la temporada seca. En estos casos, el objetivo principal suele ser reducir la acumulación de material combustible y prevenir incendios de mayor magnitud cuando las condiciones son más extremas. También se argumenta que, en época seca, muchos animales se concentran en zonas con mayor humedad, lo que permite planificar las intervenciones en áreas de pastizales secos con menor impacto sobre la fauna. En ambos momentos, la decisión no es arbitraria: responde a una lectura específica del entorno y a finalidades diferenciadas.

Un ejemplo claro de esta planificación son los calendarios participativos de quema, que no solo definen momentos adecuados para intervenir el territorio, sino que integran variables como estacionalidad, dirección del viento, humedad del suelo y condiciones de seguridad para predios vecinos. Estas herramientas funcionan como instrumentos de ordenamiento a pequeña escala y expresan acuerdos colectivos sobre cómo, cuándo y dónde usar el fuego.

Esta planificación no responde únicamente a criterios productivos, sino también a la necesidad de mantener el paisaje bajo condiciones manejables, evitando acumulaciones excesivas de material vegetal que incrementen la vulnerabilidad frente a incendios de

gran magnitud. En este sentido, el fuego cumple una función de regulación territorial: prepara suelos, renueva coberturas vegetales y reduce combustibles naturales, contribuyendo al equilibrio entre uso productivo y estabilidad ecológica.

A estas prácticas se suman estrategias colectivas como la construcción de cortafuegos, implementados tanto de manera preventiva como en situaciones de emergencia. Estas franjas de vegetación controlada delimitan áreas y actúan como barreras de contención, evidenciando una lectura espacial del riesgo. En los diálogos se recordó cómo comunidades del departamento del Huila realizaron quemas preventivas para evitar que un incendio avanzara hacia cultivos y viviendas, demostrando capacidad de acción coordinada en el territorio.

Dichas prácticas se complementan con mecanismos organizativos como la conformación de cuadrillas comunitarias encargadas de ejecutar y supervisar las quemas bajo acuerdos previamente establecidos. Esta dimensión organizativa demuestra que el manejo del fuego no es solo una técnica, sino una forma de gobernanza territorial basada en la corresponsabilidad y la coordinación social.

Todo este conocimiento acumulado se materializa en una diversidad de usos vigentes en los espacios rurales. El fuego forma parte de procesos de ordenamiento predial, manejo de coberturas, protección de infraestructuras y sostenimiento de economías familiares y comunitarias. Su uso responde a necesidades concretas y a una lógica territorial que integra cultura, producción y ecología.

Estos elementos abren la posibilidad de replantear la gestión del riesgo desde un enfoque territorial diferenciado, en el que los saberes comunitarios sean reconocidos como componente estructural de la gobernanza del riesgo y de la gestión ambiental. Sin embargo, este conocimiento continúa siendo poco reconocido en políticas públicas que, en muchos casos, aplican enfoques homogéneos sin considerar la diversidad ecológica y cultural de los territorios rurales.

En síntesis, comprender el fuego como cultura, economía y territorio implica superar las miradas que lo reducen únicamente a una amenaza. También exige distinguir entre prácticas tradicionales responsables y usos que generan degradación ambiental o mayor exposición al riesgo. Desde esta perspectiva, el manejo integral del fuego se convierte en una oportunidad para articular conocimiento territorial, prevención, sostenibilidad y cuidado de los ecosistemas, reconociendo que los territorios rurales no solo enfrentan el riesgo, sino que también poseen saberes fundamentales para gestionarlo.



El fuego: elemento constitutivo del territorio

El manejo expresa cómo comunidades habitan, ordenan y regulan su espacio.



Manejo del fuego como estrategia territorial

Articula conocimiento ecológico, organización social y control del paisaje



Saberes transmitidos y observación del territorio

Se basa en saberes generacionales, observación y acuerdos colectivos.



Indicadores ecológicos tradicionales

Usan señales del entorno (fauna, clima) para decidir el momento de quema.

Tiempo 1: Quemadas de transición (antes de las lluvias)



Fuego de baja intensidad, controlable. Facilita la regeneración con la llegada de lluvias

Tiempo 2: Quemadas de verano (reducción de combustible)



Reduce material combustible para prevenir incendios extremos. Menor impacto en fauna



Planificación participativa y acuerdos colectivos

Calendarios de quema que integran variables y definen cómo, cuándo, y dónde usar fuego



Estrategias colectivas: Cortafuegos y coordinación

Construcción de cortafuegos y acciones coordinadas preventivas y de emergencia



Gobernanza territorial: Cuadrillas comunitarias

Cuadrillas encargadas de supervisión bajo acuerdos establecidos, basados en corresponsabilidad.



Diversidad de usos y ordenamiento predial

El fuego es un instrumento de organización espacial y regulación del paisaje rural.

C A P Í T U L O 5

El Abuelo Fuego: Conocimientos Indígenas sobre el uso y manejo del fuego

Lina Paola Garzón Yaya
Juan Camilo Cardona Ramírez



Cosmovisión desde los pueblos indígenas

Los mayores relatan que el pueblo Kokonuko proviene de dos grandes espíritus: los volcanes Puracé y Sotará, quienes, a través de bolas de fuego, fecundaron el territorio con la lava de sus entrañas. Son hijos del fuego; en él encuentran su vitalidad y su fuerza. Este mismo vínculo profundo con el espíritu del fuego fue compartido por los diferentes pueblos indígenas que participaron en los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego (DIMIF), liderados por la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD). Para ellos, este elemento hace parte de su Ley de Origen y constituye la base de su existencia espiritual y cultural: es, en esencia, el principio que garantiza el equilibrio, el orden y la permanencia de la vida, del universo y de los pueblos indígenas.

Alrededor del Abuelo Fuego, los pueblos indígenas transmiten sus conocimientos y tradiciones. La tulpá —fogón comunitario donde se comparte la palabra y se fortalece la memoria— es el espacio en el que la comunidad se reúne para reconocerse, recibir abrigo y mantener viva su cultura. Allí se entrelazan la calidez del fuego, el diálogo y la transmisión de saberes que sostienen la identidad de los pueblos.

En este mismo espacio sagrado se realizan diversos rituales que nutren la vida espiritual y cultural. Uno de ellos es la Armonización del Fuego y la Piedra, o “apagada del fogón”, ritual del pueblo Nasa del Cauca que busca liberar energías negativas y restablecer la armonía colectiva. Otro es la siembra del cordón umbilical en la tulpá, práctica también del pueblo Nasa que simboliza la unión del recién nacido con su territorio y su comunidad. Ambos rituales muestran cómo el fuego no solo acompaña la vida cotidiana, sino que también teje los lazos que dan continuidad y equilibrio a la existencia.

Además de esta profunda relación comunitaria, los pueblos indígenas mantienen con el Abuelo Fuego un vínculo íntimo y personal. Lo reconocen como orientador del camino y como un espíritu con el que se dialoga, capaz de sanar, ayudar a resolver dificultades y transformar lo negativo, renovando el cuerpo y el alma.

El manejo indígena del fuego

El fuego es un elemento fundamental para la supervivencia de las comunidades indígenas, pues sostiene prácticas productivas esenciales para su modo de vida. Un ejemplo de ello son la chagra y el conuco, sistemas de cultivo tradicionales presentes en diversos territorios. Estos espacios productivos se establecen mediante la tumba, roza y quema, práctica que permite abrir el terreno, limpiarlo y crear las condiciones necesarias para un cultivo diversificado. Su manejo es rotativo: después de varios ciclos productivos, la comunidad deja descansar el suelo para favorecer la recuperación natural de la vegetación y asegurar la sostenibilidad ecológica del sistema.

En este proceso, el fuego cumple un papel decisivo al facilitar la limpieza del terreno y concentrar nutrientes. La ceniza resultante se dispersa sobre las áreas sembradas, actuando como abono natural y contribuyendo al control de plagas. Además, el humo también cumple una función importante dentro de la chagra: los pueblos indígenas generan pequeñas columnas mediante montículos de hojarasca distribuidos entre los cultivos, pues consideran que fortalece las plantas y promueve frutos más vigorosos. Este conocimiento ancestral combina manejo productivo, observación ecológica y prácticas culturales que han contribuido a garantizar la seguridad alimentaria de estas comunidades durante generaciones.

El fuego también ocupa un lugar central en el manejo indígena tradicional del territorio y ha sido, históricamente, una de las herramientas más importantes para la vida en los ecosistemas tropicales. En las sabanas, por ejemplo, pueblos como los Sáliba, en Casanare, o los Sikuni, Amorúa y Achagua, en Vichada, lo utilizan para estimular el rebrote del pasto destinado a la alimentación de bovinos, contribuir al manejo de la biodiversidad del ecosistema y prevenir incendios de gran magnitud al evitar la acumulación excesiva de material vegetal. Estas prácticas, profundamente arraigadas en su relación con el territorio, revelan un entendimiento fino sobre la dinámica ecológica del fuego y su papel en el equilibrio de los paisajes.

Entre los usos más importantes también se encuentran los cortafuegos, considerados una estrategia eficaz para contener incendios y evitar su propagación. Al interrumpir la continuidad del material vegetal combustible, actúan como barreras naturales que protegen áreas extensas del territorio. En algunos pueblos indígenas, estos cortafuegos se elaboran mediante el uso controlado y cuidadoso del fuego para “rodear” zonas que se desea proteger, como cultivos, viviendas, lagunas o matas de monte. Esta quema de baja intensidad crea franjas seguras donde la vegetación se reduce antes de que llegue un incendio más intenso, disminuyendo su fuerza y facilitando su contención. La preparación de estos anillos de protección y la elección del momento oportuno responden a un saber ancestral que evalúa el clima, la dirección del viento, la humedad del suelo y el comportamiento del combustible, demostrando una lectura detallada del entorno.

El manejo indígena del fuego es un saber que se hereda de generación en generación. Los mayores conocen los ciclos de crecimiento de las especies, los tiempos adecuados para realizar quemas de limpieza o preparación del suelo, y los lugares donde estas prácticas

favorecen la regeneración del territorio sin causar daño. Reconocen los riesgos, pero también el potencial transformador de este elemento cuando se usa con responsabilidad y respeto. En este conocimiento, la técnica y lo espiritual no están separados: forman un mismo tejido que orienta cada decisión y cada acción en el territorio.

Así, junto a la lectura ecológica del paisaje, los pueblos conservan los preparativos, resguardos y pagos necesarios para relacionarse adecuadamente con el “Abuelo Fuego”. Por ejemplo, para los mamos del pueblo Wiwa, una quema nunca comienza simplemente encendiendo fuego: debe realizarse una apertura espiritual que armonice el pensamiento, el territorio y las intenciones de quienes participarán. Solo después de esta armonización se pueden utilizar cuatro rocas específicas, consideradas las únicas apropiadas para encender el fuego de manera sana. Estas rocas garantizan que la quema se mantenga bajo control y que cumpla su función de renovación sin desbordarse.

Entre los mamos del pueblo Kogui, el proceso es aún más extenso y ritualizado. Antes de iniciar cualquier quema, realizan varios días de preparación espiritual, dedicados a equilibrar el territorio, “pensar la quema” y solicitar permiso a los seres que habitan el monte. Esta práctica no es solo una acción física: es una forma de comunicación con las fuerzas del mundo, un diálogo en el que se pide orientación para que el fuego limpie, renueve y abra caminos, sin destruir.

En la Amazonía, los abuelos preparan el mambe antes de la quema, pues consideran que el pensamiento que orienta el uso del fuego debe ser claro, firme y respetuoso. Esta práctica —elaborada a partir de hoja de coca— les permite concentrar la palabra, ordenar el propósito de la intervención y dirigirla con sabiduría. Solo cuando



el pensamiento está “alineado” se enciende el fuego, acompañado de cantos, rezos o silencios rituales que orientan su comportamiento.

Estas prácticas muestran que el manejo indígena del fuego no es únicamente una técnica de uso del territorio: es una relación viva, ética y profundamente espiritual. La quema se concibe como un acto de responsabilidad con la tierra, en el que el conocimiento ecológico, la observación paciente y el sentido comunitario se entrelazan con prácticas espirituales orientadas a que el fuego siga siendo un aliado para la vida, la renovación y el equilibrio de los ecosistemas.

Problemáticas identificadas por las voces indígenas

Durante los Diálogos Interculturales, las voces indígenas participantes indicaron que la interrupción en la transmisión de los conocimientos tradicionales es uno de los principales problemas que enfrentan hoy sus comunidades. La tradición, el entendimiento del territorio y el respeto por el Abuelo Fuego se han debilitado con el paso del tiempo. Las “semillas de la comunidad” —como llaman a las personas más jóvenes— han dejado de escuchar a los mayores, participan menos en las prácticas familiares y, cada vez con mayor frecuencia, toman caminos distintos. Esto ha generado un proceso de desaprendizaje y pérdida progresiva de los saberes ancestrales.

Esta situación se agrava con lo que las comunidades describen como la “intervención de Occidente”: la introducción de prácticas, valores y conocimientos ajenos a sus tradiciones, que suelen imponerse sobre los saberes propios hasta ser incorporados por la misma comunidad. Esto provoca desunión interna, fracturas culturales y desequilibrios en los territorios.

Estas problemáticas también se expresan en la manera en que se percibe el fuego. Los pueblos indígenas señalan que el “Abuelo Fuego” es visto desde miradas externas únicamente como “candela”, como un problema que debe erradicarse, lo que ha alimentado la estigmatización de sus prácticas. Esta mirada limitada ha derivado en normas y restricciones que desconocen su identidad, sus formas de vida y su relación espiritual con el territorio.

Las medidas institucionales percibidas como imposiciones generan profunda preocupación entre los pueblos indígenas que participaron en los diálogos. Temen que las respuestas frente a los incendios forestales se basen en restricciones que continúen vulnerando sus prácticas y conocimientos, mientras otros actores —como multinacionales, constructoras y empresas mineras— siguen transformando y degradando el territorio sin ser cuestionados con la misma severidad. Sus reflexiones evidencian los conflictos territoriales, ambientales y sociales que pueden derivarse de la implementación de normas que no incorporan adecuadamente las realidades locales.

En conjunto, estas voces refuerzan la necesidad urgente de transformar la percepción institucional y social de que todo uso del fuego es negativo. Superar esta idea implica

avanzar hacia soluciones integradoras, construidas de la mano con quienes habitan, conocen y cuidan los territorios.

Propuestas realizadas por las voces indígenas

Las voces indígenas participantes en los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego proponen diversas acciones para la gestión de incendios forestales y el manejo integral del fuego, las cuales pueden agruparse en tres grandes tipos.

Primeramente, se ubican las acciones orientadas hacia el interior de las propias comunidades. Estas propuestas se centraron en proteger y revitalizar los saberes ancestrales, proceso que denominaron **“el despertar de las semillas”**. Esta metáfora expresa la urgencia de que las generaciones más jóvenes vuelvan a escuchar, valorar y adoptar los conocimientos tradicionales transmitidos por sus mayores.

En segundo lugar, emergieron acciones que no dependen directamente de las comunidades, sino de la voluntad de actores externos. En este ámbito, se hizo un llamado a las instituciones para reconocer y respetar la autonomía territorial y las prácticas culturales de los pueblos indígenas, evitando intervenciones que vulneren su identidad. Asimismo, se destacó la necesidad de fortalecer las capacidades locales mediante capacitaciones pertinentes y la provisión de insumos adecuados, con el fin de enfrentar de manera más efectiva los incendios forestales. Este grupo de propuestas enfatizó que la respuesta institucional no debe limitarse al control de incendios, sino **priorizar la prevención de incendios forestales**. Subrayan que la prevención debe integrar los conocimientos tradicionales, entender sus ciclos, propósitos y beneficios para el territorio, y no imponer enfoques que criminalicen prácticas que, bien aplicadas, contribuyen al cuidado del ecosistema.

Finalmente, en tercer lugar, se presentaron propuestas de acción conjunta que requieren la integración de distintos tipos de conocimiento. Se subrayó la importancia de construir procesos de unidad entre pueblos indígenas, campesinos y afrodescendientes, reconociendo que la experiencia y el conocimiento del territorio residen en quienes lo habitan. Esta articulación debe darse en coordinación y armonía con las entidades, entrelazando los saberes ancestrales y tradicionales con los conocimientos científicos. Se destacó que, pese a las diferencias en las formas de entender el mundo, estas pueden ser armonizadas a través del **abuelo fuego**, generando un diálogo intercultural que permita tejer y complementar los conocimientos¹.

En síntesis, las voces indígenas reunidas en los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego permiten comprender que el Abuelo Fuego no puede reducirse a

1 El proyecto curricular de Ingeniería Forestal de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas participó en la elaboración de este capítulo en el marco de la pasantía “Sistematización de experiencias de los diálogos interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego”, desarrollada con la UNGRD, brindando apoyo en la recolección y consignación de las voces de sus participantes.

una amenaza ni a una práctica productiva aislada. Para los pueblos indígenas, este elemento integra espiritualidad, memoria, alimento, prevención, armonía y equilibrio ecológico. Reconocer esta mirada implica avanzar hacia una gestión del fuego que respete la autonomía, la Ley de Origen y los saberes ancestrales, al tiempo que promueva un diálogo real con el conocimiento técnico, científico e institucional. Solo desde esa articulación será posible construir respuestas más justas, pertinentes y sostenibles frente a los incendios forestales, honrando el valor del fuego como principio de vida, renovación y equilibrio.



C A P Í T U L O 6

Conocimientos campesinos sobre el uso y manejo del fuego

Sergio Alberto Bustos Trujillo



El fuego como herencia y eje de la vida campesina

Hablar del fuego en el campesinado colombiano es reconocer la persistencia histórica de un país rural que, pese a siglos de marginación y exclusión estructural —económica, política y epistémica—, ha sostenido la vida, la soberanía alimentaria, la cultura y el arraigo territorial de la nación. La negación sistemática del campesinado como sujeto de derechos y de conocimiento ha invisibilizado saberes fundamentales para la gestión del territorio, entre ellos el uso social, productivo y ecológico del fuego.

En este contexto, el fuego no es un vestigio de atraso ni un riesgo en sí mismo; es una herramienta de trabajo, un lenguaje ecológico y un conocimiento situado, transmitido de generación en generación. Desde las montañas andinas hasta el Caribe, la Orinoquía y la Amazonía, acompaña la cotidianidad campesina como una fuerza que no se impone ni se erradica, sino que se orienta mediante la observación de los ciclos naturales, la lectura del paisaje y el respeto por el territorio.

El fuego organiza la producción agrícola y estructura la economía familiar rural. Los relatos recogidos en distintos territorios recuerdan cómo la limpieza de los lotes para sembrar maíz, frijol o yuca se realizaba con machete y quema controlada, a partir de cálculos precisos: la observación de la luna, el viento, la humedad del suelo y la intensidad del calor. Lejos de la improvisación, estas prácticas se sustentan en una comprensión detallada del clima, del material combustible disponible y de las condiciones de seguridad necesarias para evitar una propagación no deseada. La ceniza, utilizada como abono, hace parte de un ciclo productivo que integra suelo, semilla y tiempo agrícola.

Las decisiones sobre cuándo, dónde y cómo usar el fuego están mediadas por acuerdos comunitarios, consideraciones ecológicas y criterios de cuidado. Sin embargo, cuando las quemas se desligan de su escala tradicional y responden a procesos de expansión descontrolada o a intereses exclusivamente comerciales, se fractura la relación ética y alimentaria que ha caracterizado el manejo campesino, lo que genera impactos ambientales y sociales que distorsionan su sentido original.

El fogón de leña, por su parte, es más que un dispositivo doméstico: es un espacio de memoria, encuentro y transmisión de saberes. Allí se toman decisiones familiares,

se comparten historias y se aprende a interpretar el monte, las señales del cielo y el comportamiento de los animales. Las personas mayores continúan siendo guardianas de estos conocimientos, al transmitir técnicas agrícolas, significados culturales y prácticas asociadas al fuego en celebraciones y rituales.

No obstante, los procesos de migración y transformación de las dinámicas rurales han generado una creciente desconexión generacional que amenaza la continuidad de estos saberes. Las comunidades campesinas participantes en los Diálogos Interculturales señalan la necesidad de crear espacios en los que las personas jóvenes participen activamente en su transmisión y actualización, garantizando su preservación cultural y su adaptación a nuevos contextos ambientales y sociales.

Reconocer el fuego como herencia y eje de la vida campesina implica superar enfoques exclusivamente prohibitivos o tecnocráticos y promover un diálogo genuino entre el conocimiento campesino y la gestión institucional del riesgo. Solo así será posible construir políticas públicas legítimas y efectivas, coherentes con los derechos del campesinado y con las realidades rurales en las que el fuego, más que un problema, ha sido históricamente parte de la vida.

El manejo campesino del fuego

En la agricultura campesina, el fuego cumple funciones productivas concretas. Contribuye a la preparación del terreno mediante la reducción de malezas, el aporte de nutrientes a través de la ceniza, el control de ciertas plagas y la activación de procesos de regeneración vegetal. Para muchas familias, las quemas controladas representan una alternativa accesible frente al alto costo de los insumos químicos y a sus impactos negativos sobre el suelo, el agua y la salud.

Este conocimiento constituye un entramado complejo de bioindicadores, técnicas de adaptación y comprensiones ecosistémicas que permiten gestionar la producción en contextos de alta variabilidad climática y limitación de recursos. Desde distintas voces se ha propuesto que, bajo salvaguardas claras y protocolos definidos, las quemas controladas puedan ser reconocidas dentro de marcos de buenas prácticas agrícolas en sistemas tradicionales, especialmente en lo relativo al manejo de residuos de cosecha y a la preparación de suelos.

En la ganadería extensiva de sabana, particularmente en la Orinoquía, las quemas finas y controladas al inicio del verano estimulan el rebrote de pasturas y reducen la presencia de parásitos, facilitando el manejo del ganado. Estas prácticas responden a dinámicas ecológicas propias de ecosistemas dependientes del fuego, donde su ausencia prolongada puede generar acumulación excesiva de material vegetal seco y aumentar el riesgo de incendios de mayor intensidad.

El manejo campesino del fuego implica una lectura detallada del clima y del paisaje. Las comunidades observan la dirección del viento, el comportamiento de las nubes,

el brillo de las estrellas, la humedad de la hojarasca y las señales de insectos y aves para determinar el momento adecuado para realizar una quema.

Los cortafuegos contruidos mediante desyerbe, zanjas, franjas húmedas y acuerdos comunitarios son estrategias preventivas históricamente invisibilizadas en los informes oficiales. En muchos territorios, sus habitantes son los primeros respondientes ante incendios y otros eventos, actuando antes de la llegada de las instituciones formales.

Durante los encuentros realizados en el marco de los Diálogos Interculturales, se destacó la necesidad de fortalecer la coordinación entre comunidades y entidades locales de gestión del riesgo, promoviendo su participación activa en instancias como los Consejos Municipales de Gestión del Riesgo de Desastres. Asimismo, se planteó la importancia de revisar y actualizar marcos normativos para incorporar enfoques diferenciales que reconozcan el papel de las brigadas o guardias campesinas en procesos de conocimiento y reducción del riesgo, así como su articulación operativa con cuerpos de bomberos y otras entidades de respuesta.

Garantizar protocolos claros de coordinación, capacitación y, eventualmente, mecanismos de protección, como seguros para quienes participan en labores comunitarias de gestión del riesgo, se considera un paso fundamental hacia una gobernanza responsable del fuego. Las experiencias territoriales han demostrado que, cuando existe reconocimiento mutuo, comunicación efectiva y reglas claras, es posible prevenir emergencias y responder oportunamente cuando el fuego supera el control inicial.

Tensiones, estigmatización y desafíos normativos identificados por el campesinado

Los campesinos y campesinas participantes en los Diálogos Interculturales pusieron en evidencia tensiones históricas entre las comunidades rurales y la institucionalidad en torno al uso del fuego. Con frecuencia, el campesinado es señalado como principal responsable de los incendios forestales, sin que se analicen de manera integral otros factores directos e indirectos, como el extractivismo, el abandono estatal, las economías ilegales o las transformaciones extensivas en el uso del suelo. Esta narrativa simplificadora no solo reduce la complejidad del fenómeno, sino que desconoce el conocimiento acumulado por las comunidades en materia de prevención, control y manejo del fuego, así como sus prácticas históricas de regulación y cuidado.

Desde la perspectiva expresada por el campesinado en los Diálogos Interculturales, las prohibiciones generales sobre el uso del fuego, adoptadas sin considerar las particularidades ecológicas y sociales de cada territorio, resultan descontextualizadas y, en algunos casos, contraproducentes. Señalan que la supresión total del fuego no necesariamente reduce el riesgo, pues en ciertos paisajes favorece la acumulación de material vegetal seco, lo que puede derivar en incendios más intensos y difíciles de controlar.

Al mismo tiempo, aclaran que esta posición no supone desconocer que el uso irresponsable del fuego ha generado daños ambientales y conflictos territoriales. Por el contrario, sostienen que la regulación es necesaria, pero debe construirse a partir de análisis culturales, económicos y ambientales específicos para cada contexto, incorporando salvaguardas claras y diferenciadas, en lugar de prohibiciones generalizadas que ignoren la diversidad territorial y las distintas realidades del mundo rural.

Advierten, además, que en varias regiones estas discusiones no pueden desligarse de los efectos del conflicto armado y de los desplazamientos forzados, que han debilitado los vínculos comunitarios y afectado la transmisión de prácticas culturales asociadas al manejo del fuego. El abandono institucional y la limitada inversión social han profundizado estas vulnerabilidades, reduciendo las capacidades locales para ejercer un manejo responsable y organizado del entorno.

Fuego, conflicto armado y despojo territorial

Los Diálogos Interculturales también pusieron en evidencia escenarios de riesgo asociados al conflicto armado en Colombia. En varios territorios, lideresas y líderes campesinos, al reconstruir líneas de tiempo que abarcan varias décadas, señalaron que el fuego ha sido un elemento central en la vida comunitaria, pero también una práctica profundamente impactada por las dinámicas de la guerra. Según sus testimonios, una parte significativa de los incendios forestales registrados en determinadas regiones no puede comprenderse al margen del fuego cruzado, las confrontaciones armadas y las disputas por el control territorial. Esta lectura evidencia que el conflicto armado ha sido un factor determinante en la generación y propagación de incendios en distintas



zonas del país. No obstante, las comunidades insisten en que el fuego, en sí mismo, forma parte esencial de la vida campesina, y que pretender su eliminación absoluta implicaría desconocer una dimensión constitutiva de la ruralidad.

Desde las experiencias personales compartidas en estos espacios, el fuego aparece también como memoria afectiva: el fogón familiar, la cocina de leña, la imagen cotidiana de las madres y abuelas preparando los alimentos, los colores del paisaje y los aromas del entorno. Esta dimensión íntima y simbólica convive, sin embargo, con tensiones estructurales relacionadas con la concentración de la tierra y las disputas por el uso del suelo. En algunos relatos se advierte que las quemadas de gran escala, asociadas a procesos de acaparamiento, expansión ganadera o transformación extensiva del territorio, no corresponden a las prácticas tradicionales campesinas, orientadas históricamente al cuidado y manejo planificado del entorno.

Asimismo, en los diálogos se planteó que ciertas acciones desarrolladas por grupos ilegales han tenido efectos complejos sobre el tejido social rural, debilitando procesos organizativos y afectando la legitimidad del campesinado como sujeto político. En este contexto, el fuego se convierte también en símbolo de memoria y resistencia: evoca las luchas históricas por la tierra, la defensa de la vida rural y la dignidad campesina. Hablar de este elemento no se limita, entonces, a una práctica productiva o cultural, sino que abre un espacio de reflexión sobre justicia agraria, reconocimiento y permanencia en el campo.

De igual manera, se expresaron preocupaciones frente a dinámicas recientes de transformación del uso del suelo impulsadas por actores externos a las comunidades, que promueven la tala y quema extensivas para actividades de mayor escala, generando tensiones socioambientales. Las organizaciones campesinas subrayaron que cuentan con prácticas tradicionales de control del fuego —como la limpieza perimetral, la apertura de rondas preventivas y la observación rigurosa de calendarios ecológicos— que continúan vigentes. Sin embargo, advirtieron que, cuando el fuego



es utilizado con fines ilícitos o en el marco de economías y actores armados ilegales, los principales afectados son los habitantes rurales, quienes enfrentan tanto la pérdida ambiental como el aumento del riesgo y la estigmatización.

Salvaguardas y diferenciación de conocimientos

En el marco de los Diálogos Interculturales, el campesinado subrayó la necesidad de fortalecer los mecanismos de prevención, monitoreo y atención, reconociendo que toda política pública relacionada con el uso del fuego debe incorporar salvaguardas claras, diferenciadas y efectivas. No puede equipararse el manejo tradicional del fuego —planificado, regulado por normas comunitarias y acompañado de procesos de fortalecimiento de capacidades locales— con una apertura normativa indiscriminada que pueda ser instrumentalizada por actores malintencionados para generar daños irreparables a la selva y a los ecosistemas.

Los saberes transmitidos por las personas mayores, liderazgos comunitarios y autoridades tradicionales, expresados en normas propias y sistemas de regulación interna, advierten sobre límites, prohibiciones y consecuencias frente a prácticas que deterioran el entorno, en particular aquellas asociadas a la ampliación descontrolada de la frontera agrícola, la apropiación ilegal de tierras o las economías ilícitas. En este sentido, las salvaguardas normativas deben impedir de manera explícita el uso del fuego en actividades que profundicen la deforestación, la ilegalidad y el despojo territorial, diferenciando con claridad entre prácticas tradicionales responsables y acciones orientadas a la degradación ambiental.

Los diálogos también evidenciaron la importancia de distinguir entre el conocimiento campesino y el conocimiento indígena en relación con el fuego, reconociendo las particularidades epistemológicas, culturales y cosmovisionales de cada uno. Para muchos pueblos indígenas, el fuego es un ser vivo y sagrado que articula la relación con la Madre Tierra, los elementos y los espíritus; para el campesinado, en cambio, se entiende principalmente como una práctica de reciprocidad vital, arraigo y garantía de soberanía alimentaria. Esta diferenciación no establece jerarquías, sino que reconoce trayectorias históricas y procesos de territorialización distintos, que deben ser respetados en el diseño de políticas públicas.

Finalmente, en los diálogos, el campesinado resaltó el papel fundamental de las organizaciones comunitarias y de las brigadas rurales como guardianas del entorno. En diversas regiones, estas brigadas han surgido de la necesidad colectiva de proteger la biodiversidad y reducir el riesgo, apoyadas en un conocimiento detallado del paisaje. Su fortalecimiento mediante procesos de formación, dotación básica y articulación institucional ha contribuido a mejorar el monitoreo comunitario, el cuidado de los ecosistemas y la capacidad de respuesta ante emergencias, consolidándolas como actores estratégicos en una gobernanza del fuego basada en la corresponsabilidad.

En síntesis, las voces campesinas reunidas en los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego permiten comprender que el fuego no puede reducirse a una amenaza ni analizarse al margen de la historia rural del país. Para el campesinado, este elemento ha sido herramienta de trabajo, memoria familiar, práctica de soberanía alimentaria y forma de relación con el entorno. Reconocer esta mirada implica diferenciar entre el manejo tradicional, responsable y comunitario del fuego, y aquellos usos asociados a la degradación ambiental, la ilegalidad o el despojo. Desde esta perspectiva, avanzar hacia una gobernanza corresponsable exige escuchar al campesinado como sujeto de derechos y de conocimiento, fortaleciendo políticas públicas que integren prevención, justicia territorial y cuidado de la vida rural.



Hacia una gobernanza del fuego

María Constanza Meza Elizalde

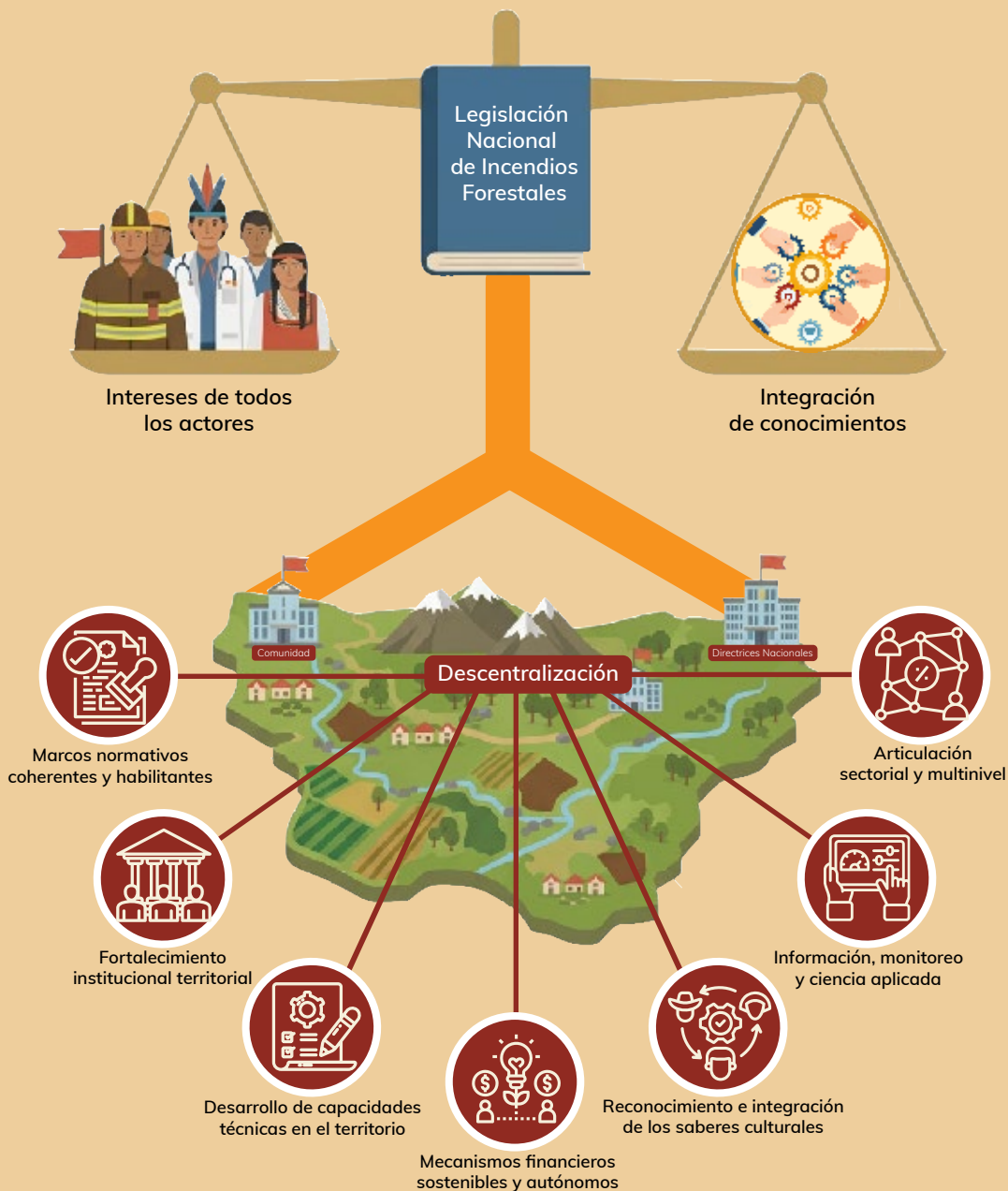
Sergio Alberto Bustos Trujillo

Lina Paola Garzón Yaya

Juan Camilo Cardona Ramírez



Marco de gobernanza para el manejo integral del fuego



En el marco de los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego (DIMIF), se consolidó una premisa central: alcanzar una verdadera gobernanza en esta materia implica superar los enfoques centralizados y transitar hacia esquemas territoriales, en los que las decisiones, capacidades y recursos estén más cerca de los contextos donde se materializa el riesgo. Este propósito demanda intervenciones articuladas en cuatro dimensiones estrechamente interdependientes: institucional, técnica, financiera y sociocultural.

Descentralizar el manejo integral del fuego significa transferir poder, recursos y capacidades a los territorios, reconociendo que quienes los habitan —pueblos indígenas, comunidades campesinas, comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, y autoridades locales— poseen conocimientos, lecturas del paisaje y prácticas esenciales para reducir el riesgo de incendios forestales y mantener el equilibrio de los ecosistemas.

No se trata solo de distribuir funciones: se trata de construir una gobernanza intercultural, territorial y multiactor, en la que el fuego no sea entendido únicamente como un factor de riesgo, sino también como vida, cultura y manejo del paisaje.

1. Marcos normativos coherentes y habilitantes

En los Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego, desarrollados en diversos territorios del país, se reiteró una conclusión fundamental: la base de una gobernanza efectiva radica en contar con marcos normativos coherentes, claros y habilitantes. La ley debe ser el punto de partida para reconocer la diversidad ecológica, cultural y productiva de Colombia, así como para posibilitar la implementación de quemas controladas y prácticas tradicionales seguras, bajo criterios concertados que respeten los ciclos del territorio y las particularidades de cada ecosistema.

En este marco, la normativa está llamada a facilitar —y no a restringir— la gestión del fuego cuando esta se desarrolla de manera planificada, responsable y sustentada tanto en los conocimientos locales como en la ciencia aplicada. Así, la ley se consolida como una herramienta que habilita la gobernanza territorial, en lugar de convertirse en un

obstáculo para prácticas responsables que aportan a la conservación, la producción sostenible y la reducción del riesgo. Para lograrlo, se requiere:

- Impulsar una armonización normativa integral entre la legislación ambiental, agraria, de gestión del riesgo y de ordenamiento territorial, con el fin de eliminar vacíos, superposiciones o contradicciones que hoy pueden restringir o penalizar prácticas tradicionales seguras de manejo del fuego. Esta armonización debe estar acompañada de mecanismos efectivos de coordinación interinstitucional, que articulen a los sectores bajo una visión común, con competencias claras y criterios unificados.
- Reconocer jurídicamente las quemas prescritas y las prácticas culturales del fuego como herramientas legítimas de manejo integral, bajo protocolos técnicos definidos.
- Construir lineamientos y protocolos de manera participativa, incorporando autoridades étnicas, organizaciones campesinas, academia y entidades técnicas.
- Descentralizar competencias, permitiendo que las autoridades territoriales cuenten con facultades claras para acompañar, orientar y monitorear prácticas de manejo del fuego.
- Expedir instrumentos técnicos reglamentarios que establezcan criterios diferenciados según ecosistema, régimen de fuego y condiciones climáticas.
- Fortalecer las capacidades locales para el conocimiento y la aplicación de la normativa, garantizando procesos de formación intercultural orientados a comprender los alcances, responsabilidades y procedimientos asociados al marco legal del manejo integral del fuego. Esto implica brindar asistencia técnica permanente y herramientas pedagógicas que faciliten la apropiación normativa por parte de autoridades territoriales, organizaciones comunitarias y productores, de modo que puedan planificar, implementar y evaluar estas prácticas con pleno conocimiento de los requisitos legales, criterios técnicos y estándares de seguridad establecidos.
- Implementar sistemas de seguimiento y evaluación con fines normativos, orientados a generar evidencia técnica y social que permita medir de manera sistemática los impactos ecológicos y sociales del manejo del fuego. Estos sistemas deben producir información verificable que sirva como insumo para ajustar, actualizar y fortalecer el marco regulatorio, garantizando que la normativa evolucione con base en resultados, aprendizajes territoriales y cambios en las condiciones ambientales y climáticas.

2. Fortalecimiento institucional territorial

Para avanzar hacia una descentralización efectiva del manejo integral del fuego, es indispensable consolidar capacidades institucionales en los territorios. Esto implica no solo transferir funciones, sino asegurar que municipios, departamentos y autoridades étnicas cuenten con las herramientas, los recursos y el reconocimiento

necesarios para ejercerlas. En conjunto, estos elementos permiten transitar de modelos reactivos a modelos preventivos, culturalmente pertinentes y ecológicamente informados, consolidando una gobernanza del fuego que reconoce la pluralidad del país y la importancia de la acción local. En este sentido, se requiere:

- Definir competencias claras en materia de prevención, uso cultural del fuego, control de incendios y restauración de áreas afectadas. La delimitación de roles debe evitar duplicidades y vacíos, permitiendo que cada institución actúe con autonomía y responsabilidad según su nivel territorial y sus capacidades técnicas y comunitarias.
- Consolidar estructuras locales de coordinación operativa, articuladas no solo con el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD), sino también con el Sistema Nacional Ambiental (SINA) y el Sistema Nacional de Cambio Climático (SISCLIMA). Esta articulación intersistémica es fundamental, dado que el fuego atraviesa dimensiones ambientales, climáticas, productivas y socio-culturales que no pueden ser gestionadas de manera aislada. Estas estructuras deben operar de forma permanente, y no únicamente durante las temporadas críticas de sequía o los picos de incendios, para asegurar procesos continuos de planificación del uso responsable del fuego, prevención, monitoreo y restauración.
- Fortalecer las capacidades técnicas locales mediante formación continua, dotación básica y acceso al conocimiento científico y tradicional. El fortalecimiento institucional no se limita a la estructura administrativa, sino que también implica mejorar las habilidades de los equipos locales para planificar, ejecutar y monitorear acciones de manejo integral del fuego.
- Garantizar financiamiento estable y descentralizado que asegure la sostenibilidad de los esfuerzos territoriales. Sin recursos económicos directos, las competencias asignadas quedan en el papel y la descentralización no se materializa.
- Establecer protocolos para la implementación del manejo integral del fuego, diferenciados según ecosistema —sabanas, bosques andinos, bosques húmedos, páramos— y según el objetivo de uso: manejo de cargas de combustible para reducir incendios, manejo cultural del fuego, manejo de hábitats, restauración, entre otros.

3. Desarrollo de capacidades técnicas en el territorio

La descentralización solo es efectiva cuando quienes asumen nuevas responsabilidades cuentan con las competencias, herramientas y respaldo institucional necesarios para ejercerlas. El manejo integral del fuego exige capacidades diversas —técnicas, culturales, organizativas, ecológicas y de análisis territorial— que deben fortalecerse de manera permanente y situada. Esto implica:

- Garantizar formación especializada en manejo integral del fuego para cuerpos de bomberos, entidades operativas del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de

Desastres (SNGRD), autoridades ambientales, guardaparques, personal técnico de gestión del riesgo y liderazgos comunitarios.

- Crear centros regionales de conocimiento y práctica que funcionen como nodos de aprendizaje intercultural. En estos espacios se deben integrar el conocimiento científico, los saberes ancestrales, los conocimientos tradicionales y la innovación local.
- Dotar a los territorios con equipos y herramientas adecuados, incluyendo instrumentos de monitoreo, herramientas manuales y sistemas locales de alerta temprana.
- Construir mapas comunitarios de riesgo de incendios y carga de combustible, elaborados de manera participativa y actualizados con información científica y conocimiento local.

4. Mecanismos financieros sostenibles y autónomos

Para que los territorios gestionen el fuego de forma autónoma, se requieren mecanismos financieros estables, descentralizados y adaptados a las realidades locales. Esto implica:

- Asignar recursos directos para fortalecer la prevención y el manejo integral del fuego, garantizando que la inversión no se limite exclusivamente a las acciones de respuesta.



- Crear incentivos económicos para promover prácticas agroecológicas que sustituyan el uso del fuego en sistemas sensibles o fortalezcan buenas prácticas mediante quemas preventivas controladas, realizadas de forma segura, planificada y acorde con el contexto ecológico y cultural de cada territorio.
- Fortalecer fondos municipales y departamentales de gestión del riesgo, articulados con tasas retributivas, compensaciones ambientales y proyectos climáticos.
- Garantizar recursos administrados directamente por las comunidades, con mecanismos de rendición de cuentas adaptados a sus dinámicas territoriales, destinados a elaborar e implementar planes comunitarios de prevención de incendios que integren el manejo integral del fuego o, cuando sea necesario, su sustitución en sistemas ecológicamente sensibles.

5. Reconocimiento e integración de los saberes culturales

Una gobernanza descentralizada debe partir del reconocimiento de que el fuego no es únicamente una herramienta técnica, sino también parte de la cultura, la espiritualidad, la producción y el manejo del territorio. Bajo esta comprensión ampliada, se requiere:

- Reconocer jurídica y operativamente las prácticas de pueblos indígenas, comunidades campesinas y comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras en el uso del fuego, considerando sus contextos ecológicos y culturales.
- Codiseñar protocolos interculturales de uso y manejo del fuego entre las comunidades y el Estado, integrando criterios técnicos, ecológicos y socioculturales.
- Consolidar espacios permanentes de diálogo y articulación, inspirados en experiencias como los Diálogos Interculturales, para armonizar saberes, gestionar tensiones y cocrear soluciones contextualizadas.
- Garantizar la participación vinculante de pueblos indígenas, comunidades campesinas y comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras en los procesos de toma de decisiones, asegurando su incidencia real en las políticas y acciones de manejo integral del fuego.

6. Información, monitoreo y ciencia aplicada

La descentralización debe estar acompañada por sistemas de conocimiento sólidos, accesibles y contextualizados, que permitan actuar con evidencia y anticipación. Para ello, se requiere:

- Implementar sistemas locales de alerta temprana que integren la observación comunitaria, el conocimiento tradicional, los datos satelitales y la evidencia científica disponible.
- Fortalecer el monitoreo participativo de la carga de combustible, las condiciones climáticas, los ciclos de humedad y sequía, y los procesos de regeneración de la vegetación, entre otros factores relevantes.
- Promover investigación aplicada sobre los efectos ecológicos del fuego, su dinámica en cada ecosistema y las prácticas culturales asociadas a su uso.
- Garantizar transparencia y acceso abierto a la información, de modo que comunidades, autoridades locales y entidades nacionales cuenten con datos oportunos para una toma de decisiones informada.
- Consolidar centros regionales de conocimiento sobre el fuego, liderados por universidades locales, comunidades, entidades operativas del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD) y autoridades ambientales, que generen información útil para la gestión territorial.
- Construir y actualizar mapas comunitarios del fuego que documenten áreas de uso tradicional, zonas de riesgo de incendios forestales, rutas de evacuación, puntos críticos y otros elementos relevantes para la prevención y la respuesta.
- Desarrollar plataformas digitales descentralizadas donde municipios y comunidades puedan reportar quemas, registrar alertas y acceder a información en tiempo real.
- Crear escuelas de campo para el manejo del fuego que integren ciencia, conocimiento tradicional y aprendizajes prácticos, promoviendo capacidades locales permanentes.
- Establecer protocolos de ciencia comunitaria para que jóvenes, guardabosques, mujeres rurales y personas mayores aporten observaciones sistemáticas que alimenten los sistemas oficiales.

7. Articulación sectorial y multinivel

Por último, la gobernanza del fuego exige que lo local no opere de manera aislada, sino como parte de un sistema articulado y coherente de gestión territorial. Esto implica construir puentes constantes entre escalas, sectores y actores, de modo que las decisiones respondan tanto a las realidades comunitarias como a las orientaciones nacionales. Esta articulación multinivel y multisectorial es la base para consolidar un enfoque preventivo, participativo y sostenible, capaz de reducir el riesgo de incendios forestales sin desconocer el valor cultural, ecológico y productivo del fuego. Para ello, se requiere:

- Establecer flujos bidireccionales de información y decisiones entre los niveles nacional, departamental y municipal, de manera que las alertas, los datos técnicos, las necesidades locales y las capacidades institucionales se integren y retroalimenten continuamente.
- Formular planes territoriales de manejo integral del fuego, articulados con las leyes, normas, políticas y estrategias nacionales de gestión del riesgo, ambiente y cambio climático, pero adaptados a las realidades ecológicas, productivas, culturales y organizativas de cada territorio. Estos planes deben mantener la flexibilidad necesaria para reconocer los distintos usos del fuego, incorporar sustituciones en sistemas sensibles y valorar las prácticas tradicionales pertinentes.
- Fortalecer la coordinación intersectorial efectiva entre los sectores de ambiente, agricultura, cultura, gestión del riesgo, vivienda, infraestructura, salud, educación y seguridad, reconociendo que el fuego atraviesa múltiples dimensiones de la vida territorial y que ninguna entidad puede abordarlo de forma aislada.
- Consolidar la corresponsabilidad entre el Estado y las comunidades, entendida como un pacto de cuidado y acción compartida, en el que las instituciones aportan recursos, acompañamiento técnico y soporte normativo, mientras las comunidades contribuyen con conocimientos, prácticas, organización y presencia cotidiana en los territorios.

En síntesis, avanzar hacia una gobernanza del fuego exige pasar del reconocimiento de los saberes a su incorporación efectiva en las decisiones públicas. Esto supone contar con marcos normativos habilitantes, capacidades locales, financiamiento sostenible, información oportuna y mecanismos de articulación entre el Estado, las comunidades y los sectores involucrados. Más que un modelo centralizado de control, se requiere una arquitectura de corresponsabilidad que permita prevenir incendios forestales, orientar los usos responsables del fuego y diferenciar las prácticas culturales y productivas de aquellas que generan degradación o mayor riesgo. Así, el manejo integral del fuego se proyecta como una apuesta de país: preventiva, intercultural, técnicamente sustentada y comprometida con la vida.

La metodología de un encuentro entre saberes

«El fuego también une, convoca a la comunidad, moviliza el conocimiento y nos invita a construir, entre todos y todas, nuevas formas de relación con el territorio».

Díálogos interculturales sobre el manejo integral del fuego,
Bogotá, diciembre de 2024.

El diseño de un encuentro: escuchar para transformar

Para abordar el fuego desde sus múltiples dimensiones, la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD) se planteó un reto metodológico inusual en el ámbito institucional: construir un espacio donde el conocimiento no fluyera desde las instituciones hacia las comunidades, sino también desde las comunidades hacia la institucionalidad. La pregunta que orientó el diseño no fue cómo informar o capacitar, sino cómo escuchar. Esa decisión, simple en apariencia, implicó una transformación profunda de los roles y de la arquitectura del evento.

Los primeros Díálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego se concibieron como una plataforma de escucha activa y reconocimiento mutuo, diseñada para visibilizar la diversidad de relaciones que las comunidades rurales, étnicas y campesinas mantienen con este elemento. Celebrados en Bogotá, D. C., en diciembre de 2024, los diálogos se desarrollaron en dos jornadas que respondieron a lógicas distintas: la Minga Indígena, el 16 de diciembre, y el Convite Campesino, el 17 de diciembre. Cada jornada tuvo su propio diseño, su propio lenguaje y su propia forma de compartir la palabra.

La distinción entre jornadas no fue una decisión de exclusión, sino de pertinencia. Las comunidades indígenas y campesinas tienen formas diferentes de relacionarse con el fuego, de nombrarlo, de usarlo y de defenderlo. Juntar esas voces en un único espacio homogéneo habría diluido la especificidad de cada una. En cambio, al diseñar espacios diferenciados y luego construir puentes entre ellos, la metodología apostó por un diálogo que reconociera primero la identidad propia de cada grupo antes de buscar puntos comunes.

Detrás de este diseño hubo una línea clara: la gestión del riesgo no puede separarse de las realidades sociales, culturales y ambientales de los territorios. Para avanzar hacia un manejo integral del fuego se requiere, ante todo, reconocer las prácticas locales, fortalecer la gobernanza territorial y generar espacios reales de participación. El evento que aquí se describe fue un primer intento concreto de hacer posible esa apuesta.

El primer día: la Minga Indígena y la apertura del fuego sagrado

La mañana del 16 de diciembre de 2024 comenzó antes de que muchas personas participantes hubieran llegado. Desde las siete de la mañana, seis mesas de registro dispuestas en los accesos del Hotel Habitel, en Bogotá, recibían a lideresas y líderes indígenas provenientes de distintas regiones del país. No se trataba de un registro ordinario. A cada persona que se acercaba se le hacía una pregunta sencilla, pero cargada de sentido: «¿Qué palabra relacionas con el fuego?». Las respuestas —«vida, calor, origen, pureza, memoria, territorio»— se consignaban en siluetas de llamas de papel que luego serían tejidas al manifiesto final de la jornada. Era una forma de decir, desde el primer gesto del día, que cada voz importaba.

A las ocho de la mañana, el acto protocolario dio paso formal al evento. Las palabras de apertura de la subdirectora de Reducción del Riesgo, la Dra. María Constanza Meza Elizalde, enmarcaron el propósito del encuentro: no era una jornada de capacitación ni de validación de decisiones ya tomadas, sino un espacio genuino de escucha. La maestra de ceremonias contextualizó el sentido de los diálogos y preparó el ambiente para el momento que muchas personas esperaban con mayor expectativa: la armonización como acto de apertura o «el permiso al Abuelo Fuego», como lo mencionaban las comunidades en el recinto.

«Aquí tuvimos el primer reparo respetuoso por parte de las mayores y mayores: el fuego debe estar encendido, pero en el espacio en el que nos encontrábamos no se podía garantizar ese ejercicio; sin embargo, con otros actos de armonización se dio apertura a este espacio».



A las ocho y media comenzó el acto de iniciación. En el centro del salón se formó un gran círculo con todas las personas asistentes. Una mayora del cabildo de Soacha —conocedora de las tradiciones y sabedora del territorio— encendió un velón en el centro del espacio. No era un gesto decorativo. Era la apertura del fuego sagrado, el reconocimiento de que ese elemento que se iba a debatir no era un fenómeno abstracto ni un dato estadístico, sino un ser vivo con el que las comunidades mantienen una relación de respeto, cuidado y reciprocidad. El velón encendido por la mayora sería el que, a su vez, daría luz a los tres velones de los círculos de diálogo. El fuego se transmitía de mano en mano, como el conocimiento que se buscaba compartir.

Después de la armonización, las treinta y siete lideresas y líderes indígenas presentes —representantes de nueve pueblos del país— se distribuyeron en tres círculos de diálogo. En el centro de cada círculo, sobre un mantel blanco adornado con frutas y flores, ardía un velón. La disposición no era casual: el círculo, figura que muchas culturas indígenas asocian con la igualdad y la continuidad, borraba las jerarquías y habilitaba la palabra de todas las personas por igual.

Cada círculo exploró el fuego desde tres dimensiones complementarias: su uso desde la ancestralidad, su lugar en la soberanía alimentaria y su papel en la gestión del territorio y la economía. Las preguntas orientadoras, preparadas cuidadosamente por el equipo técnico, no buscaban respuestas correctas, sino abrir caminos de reflexión:

¿Cuáles son las prácticas productivas que requieren el fuego y por qué? ¿Qué semillas necesitan del fuego para germinar? ¿Qué rol cumple el fuego en las tradiciones ancestrales? ¿Cómo se conecta con el agua, el viento y la tierra en la cosmovisión de cada pueblo? Cada pregunta era una invitación a narrar, recordar y reivindicar.

El tiempo de los círculos fue largo y fértil. Desde las nueve de la mañana hasta el mediodía, la palabra circuló con libertad. Las voces de las personas mayores convivieron con las de las más jóvenes; los testimonios de comunidades de la Amazonía se encontraron con los de comunidades andinas. Se habló de la tupa y del fogón como centros de vida familiar; del conuco como sistema agrícola que no puede concebirse sin el fuego; de las semillas que solo germinan tras ser expuestas al calor, y de las ceremonias en las que este elemento purifica, convoca a los ancestros y abre el camino hacia el territorio espiritual. También se habló del dolor: de la estigmatización, de las prohibiciones que criminalizan prácticas milenarias y de la desconexión que amenaza con borrar saberes que tomó siglos construir.

Cada círculo contaba con una persona moderadora principal, una suplente, una relatora temática y una compiladora encargada de sistematizar los aportes en tiempo real con herramientas digitales y grabadoras de audio. El registro meticuloso de lo ocurrido en esos tres círculos fue la materia prima de este libro.



El encuentro es cuando los círculos se convierten en uno

A la una y media de la tarde, los tres círculos de diálogo se fundieron en uno solo. Antes de que comenzara formalmente la plenaria, el ambiente ya traía consigo una carga reflexiva acumulada: de cada círculo habían emergido elementos de análisis crítico que apuntaban en una misma dirección. Las personas participantes coincidieron en que este tipo de diálogos no podía quedarse en Bogotá, pues su sentido profundo exigía replicarse en cada región donde el fuego vive y sus significados se encarnan en paisajes concretos. También señalaron que comprender el equilibrio de la naturaleza implica, antes que cualquier protocolo técnico, saber escuchar el sentir de cada ecosistema y reconocer las formas de vida construidas en relación con él.

Con ese horizonte llegó el momento de la plenaria: un conversatorio en el que las conclusiones parciales de cada grupo circularon ante la asamblea completa. Las relatoras y los relatores presentaron las síntesis de sus grupos, y el conjunto de participantes tuvo la oportunidad de complementar, matizar o profundizar lo construido.

La plenaria no fue solo un espacio de socialización. Fue también el momento en que las comunidades empezaron a reconocerse unas en otras e identificar que sus experiencias —aunque nacidas en territorios distantes— compartían estructuras comunes: la misma relación íntima con el fuego, las mismas tensiones institucionales y las mismas inquietudes frente a la prohibición. En ese reconocimiento mutuo se asentó algo que ningún documento técnico produce por sí solo: la confianza

Después de la plenaria, en un espacio que se extendió hasta las tres de la tarde, la subdirectora de Reducción del Riesgo de la UNGRD presentó una conceptualización



institucional sobre el manejo integral del fuego. Era fundamental que esta presentación ocurriera después del diálogo comunitario. El orden no era meramente protocolario, sino metodológico y simbólico: las instituciones llegaban a aprender y, solo después de escuchar, ofrecían su propio marco de comprensión.

La tarde de ambas jornadas estuvo reservada para dos de los momentos más significativos del proceso: el Espacio Autónomo de Concertación Comunitaria y la construcción del Manifiesto. En el espacio de concertación, las instituciones asumieron el rol de oyentes. Era el momento de las comunidades, sin intermediarios. A través de un mural de expresión construido con papel kraft, marcadores y témperas, plasmaron sus ideas, reclamos y visiones. No había un formato predeterminado; la diversidad de formas de expresión —el dibujo, la palabra, el símbolo— era bienvenida. El arte y el conocimiento se encontraron en un mismo trazo.

El cierre de cada jornada fue el Manifiesto. Un gran plotter con el mapa de Colombia se desplegó en el centro del espacio. Dentro del mapa estaba inscrito el nombre de cada comunidad participante. Una a una, las personas se acercaron para escribir su nombre o dejar su huella en la silueta de una mano de cartulina, que luego pegaron alrededor de una llama central, como símbolo de compromiso con el uso responsable del fuego. El territorio colombiano, cubierto de manos extendidas hacia la llama, se convirtió en la imagen de lo que los diálogos buscaban: una gobernanza nacida desde los territorios y reconocida por las instituciones.

El segundo día: el Convite Campesino y el diálogo de los doce fogones

El 17 de diciembre, la metodología se adaptó al carácter del campesinado colombiano. El Convite Campesino propuso un dispositivo diferente: en lugar de tres círculos, doce mesas temáticas operaron simultáneamente, permitiendo que cuarenta y cinco campesinas y campesinos de diversas regiones rotaran y participaran en múltiples espacios de reflexión.

El registro matutino también incluyó la pregunta por la palabra asociada al fuego, cuyas respuestas fueron recogidas durante el desarrollo de cada mesa temática.

Las doce mesas del Convite exploraron una diversidad temática mayor que la de la Minga Indígena. Mientras algunas abordaban el fuego mediante preguntas orientadoras, otras empleaban técnicas estructuradas. En la mesa de reducción del riesgo se usó una lluvia de ideas; en la de ecosistemas, las personas participantes conectaron imágenes para identificar biomas y sus relaciones con este elemento. En la de soberanía alimentaria, se construyó un listado de semillas que requieren calor para germinar y se dibujó la huerta como espacio integrador.

En la mesa de cosmovisión, la metodología fue especialmente creativa: a partir de una figura del fuego, las personas participantes conectaban con lana de dos colores cuatro conceptos

—lo espiritual, lo místico, lo natural y lo cotidiano— mientras manifestaban oralmente su sentir. Los hilos formaban un tejido visible que expresaba la complejidad de sus relaciones con este elemento. En la mesa de cultura se compartieron canciones, coplas y festivales. Alguien recordó El gato rabo de candela, pieza del folclor llanero que abrió la puerta a otros testimonios de rituales donde el fuego es el centro de la fiesta. La persona moderadora registró cada expresión, construyendo un inventario vivo del patrimonio cultural asociado al fuego.

«El gato rabo de candela es una canción del repertorio llanero que narra, con picardía, la persecución de un gato veloz por la sabana. El apodo alude a la rapidez del animal, cuya cola parece encendida de tan ágil que es. La pieza condensa el humor, la destreza física y la relación cotidiana con el paisaje llanero».

También hubo una mesa dedicada a la prohibición del uso del fuego, quizá la más tensa y necesaria. Allí se abordaron las regulaciones vigentes, la criminalización de prácticas históricas y la invisibilización de saberes locales. La metodología recurrió a una narración colectiva en la que cada participante aportaba un dibujo para continuar la historia. Era una forma de decir que la historia del fuego y sus leyes no está cerrada: cada persona puede añadir un capítulo.

Las preguntas que guiaron los diálogos

Un elemento central fue el diseño de las preguntas orientadoras, construidas a partir de un diálogo franco entre profesionales del Manejo Integral del Fuego de la UNGRD y las experiencias territoriales compartidas por las comunidades. No se trataba de cuestionarios, sino de invitaciones a la reflexión, organizadas en torno a seis ejes: gestión del territorio, economías locales, seguridad alimentaria, cosmovisión, cultura e identidad, y efectos de la prohibición.

Cada eje incluía preguntas que iban desde lo concreto —«¿Qué cultivos requieren el fuego y por qué?», «¿En qué temporada se realizan las quemas?»— hasta lo profundo: «¿Cómo perciben la relación del fuego con los ciclos de la vida?», «¿Qué significa la capacidad del fuego de transformar la madera en ceniza y esta en abono?». Las preguntas buscaban abrir conversaciones, y lo lograron.

Entre las más evocadoras estaban aquellas que indagaban por los rituales: «¿Qué lugares del territorio se consideran sagrados para encender el fuego?», «¿Cómo se relaciona con los ancestros o las fuerzas de la naturaleza?». Estas preguntas, ajenas a los protocolos técnicos convencionales, demostraron que el proceso tomaba en serio la complejidad de aquello que buscaba comprender.

El equipo que sostuvo el encuentro

Detrás de cada momento hubo un equipo técnico con gran sensibilidad humana hacia los territorios rurales. La metodología no puede entenderse sin las personas que la hicieron posible: equipos de moderación, relatoría y compilación, así como apoyos

principales y suplentes. Las y los traductores interculturales fueron fundamentales para que ninguna voz quedara excluida por barreras lingüísticas. El equipo logístico, por su parte, operó silenciosamente para que los manteles, velones, flores y materiales estuvieran listos en el momento preciso.

La participación del proyecto curricular de Ingeniería Forestal de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, a través de una pasantía con la UNGRD, también constituyó un aporte significativo. Jóvenes en formación contribuyeron a la sistematización de las voces, demostrando que los desafíos del fuego requieren miradas interdisciplinarias y generaciones comprometidas.

El trabajo de estos equipos permitió que los espacios se desarrollaran en un ambiente de confianza y respeto. Este clima no fue accidental, sino fruto de decisiones metodológicas deliberadas que pusieron la dignidad de las personas participantes en el centro.

Lo que la metodología dice sobre el proceso

Toda metodología es una declaración de valores. La elegida para estos diálogos declara que el conocimiento tradicional y el científico son complementarios, no contradictorios; que aquí convergen lo técnico, lo pedagógico y lo social. Declara, además, que las comunidades no son beneficiarias pasivas, sino actores fundamentales; que escuchar es un acto político, y que el fuego no es solo un peligro por controlar, sino también un ser vivo que debe acompañarse con responsabilidad.

La decisión de iniciar con la armonización, poner el fuego en el centro, permitir espacios autónomos y cerrar con el Manifiesto comunica una postura frente al poder y frente a la relación entre el Estado y los territorios. No es una postura neutral: reconoce la deuda histórica con comunidades estigmatizadas, reivindica sus prácticas y apuesta por una gobernanza profundamente diferente.

El resultado no fue perfecto. Las personas participantes señalaron la necesidad de ampliar la convocatoria y realizar los próximos encuentros directamente en los territorios. Estas observaciones hacen parte del proceso y son señal de que el diálogo fue real.

Lo ocurrido en diciembre de 2024 fue un primer paso en la dirección correcta: hacia una gobernanza del fuego que no se origine exclusivamente en un escritorio, sino también desde el territorio; que no separe el conocimiento técnico del saber comunitario. Como dijeron muchas voces, el fuego es vida, memoria e identidad; es el origen del mundo para algunos pueblos y la herramienta cotidiana con la que millones de familias cuidan su tierra. El desafío actual consiste en transformar esa escucha en acción y ese reconocimiento en normativa. Los círculos de fuego se apagaron esa tarde en Bogotá, pero las brasas siguen encendidas.

Nada de lo que aquí se narra habría sido posible sin el compromiso, la confianza y la generosidad de quienes hicieron de este encuentro un verdadero ejercicio de diálogo entre saberes.

En primer lugar, expresamos un reconocimiento profundo y sentido a los pueblos indígenas, las comunidades campesinas y las comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras que participaron en estos diálogos. A sus lideresas y líderes, mayores y mayores, jóvenes y procesos organizativos, quienes no solo compartieron sus conocimientos, sino que abrieron su palabra, su memoria y su espiritualidad para construir colectivamente este camino. Su confianza honra este proceso y nos compromete a estar a la altura de lo que aquí se sembró. A las organizaciones indígenas: la Autoridad Indígena de Colombia (AICO), la Autoridad Indígena del Suroccidente (AISO), el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), Gobierno Mayor, la Asociación Zonal de Consejos de Autoridades Indígenas de Tradición Autóctona (AZCAITA), la Brigada Forestal Indígena de Leticia (Amazonas), el pueblo muisca de Soacha y los pueblos wiwa, kogui y arhuaco de la Sierra Nevada de Santa Marta (ASOHARHUACO); gracias por su participación y por contribuir con su experiencia en estos espacios. A las organizaciones campesinas y procesos territoriales: la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC), la Federación Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria (FENSUAGRO), el Sindicato de Trabajadores Agrícolas del Sumapaz (SINTRAPAZ), el Proceso de Unidad Popular del Suroccidente Colombiano (PUPSOC), la Asociación Campesina de Inzá Tierradentro (ACIT), la Asociación de Pequeños Productores (ASOPETSAVI), la Asociación de Usuarios del Río Carare (ASURCAR), la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Indígenas y Negras de Colombia (ANMUCIC), Derechos Humanos del Guaviare (DHOC Guaviare), la Federación de Organizaciones del Vichada (FEDEVICHADA), las Juntas de Acción Comunal (JAC) de Soledad y Manatí, las Zonas de Reserva Campesina (ZRC) de Sumapaz, Cabrera y Venecia, el Comité de Impulso de la Zona de Reserva Campesina de San Bernardo y las brigadas forestales comunitarias del río Bitá, Puerto Carreño y La Primavera; nuestro reconocimiento por su lucha histórica, su conocimiento territorial y su compromiso con el cuidado de la vida.

A las entidades del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD): la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD), la Dirección Nacional de Bomberos de Colombia (DNBC), las corporaciones autónomas regionales, como la Corporación Autónoma Regional de La Guajira (Corpoguajira) y la Corporación Autónoma Regional de la Orinoquía (Corporinoquia), el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (MADR), el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, la Defensoría del Pueblo, Parques Nacionales Naturales de Colombia, la Defensa Civil Colombiana y las oficinas territoriales de gestión del riesgo de Tolima, Arauca y Cesar; gracias por sumar esfuerzos y reconocer la importancia de construir desde el territorio.

Este proceso fue posible gracias al liderazgo de la Subdirección para la Reducción del Riesgo de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD), en cabeza de la Subdirectora la Dra. María Constanza Meza Elizalde, y al trabajo comprometido de un equipo humano que hizo posible cada detalle:

Oficina Asesora de Comunicaciones de la UNGRD: Diana Marcela Giraldo López, Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones; Angélica María Paz Campo, Helbert Mauricio Sánchez Cifuentes y Mauricio Ávila Barragán.

Equipo técnico y facilitador – Subdirección para la Reducción del Riesgo (SRR–UNGRD): Geraldine Moreno Niño, Alejandra Reyes Palacios, Carolina Salgado Ramírez, Mara Isabel Kerguelen Anaya, Blanca Yenith Torres Forero, Reinel Lobo Jaimes, Jonathan Montenegro Hoyos, Phanor Emilio Saa Parra, Alberto Granés Maya, Nelson Hernández Marulanda, Fernanda Otero Castellanos, Daniela Guayara Betancur, Lourdes Revelo Herrera, Olga Patricia Hernández, Vivian Rocío Olarte Reyes, Jorge Enrique Gómez Florido, Jonathan Ortiz Talero, Miguel Ángel Ávila León, Maira Alejandra Guilombo y Daniel Garzón Gómez.

Apoyo – Subdirección General de la UNGRD: Angélica Saldarriaga, Iván Germán Vargas, Jessica Alvarado, José Bueno, Daimer Quintero, Pedro Blanco, Jennifer Álvarez, Nicolás Cárdenas Nossa, Willington Rocha León, Luis Miguel Cartagena, Adriana Mildreth García, Danna Lorena Arias y Marcos Edwin Quiroga.

Subdirección para el Manejo de Desastres: Harvey Andrés Guzmán, Luisa Fernanda Solano y Sebastián Martínez Cuadros.

Subdirección para el Conocimiento del Riesgo: María José Páez Díaz.

A la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, especialmente al Proyecto Curricular de Ingeniería Forestal, gracias por el compromiso de los estudiantes en formación Lina Paola Garzón Yaya y Juan Camilo Cardona Ramírez, cuya participación en la recolección y sistematización de las voces demuestra que el relevo generacional también es una apuesta por el cuidado del territorio. De igual manera, expresamos nuestro agradecimiento a la profesora Liz Villarraga Flórez, directora de la pasantía, por su orientación y por fortalecer metodológicamente este proceso mediante el acompañamiento constante a los estudiantes.

Finalmente, a todas y todos quienes hicieron parte de este camino: gracias por su palabra, por su tiempo, por su convicción y por su compromiso con la vida. Este documento no es solo una memoria institucional; es el reflejo de un proceso vivo, tejido con múltiples voces, que nos invita a seguir caminando hacia una relación más justa, respetuosa y consciente con el fuego y con los territorios.

Este documento no es solo una memoria institucional; es el reflejo de un proceso vivo, tejido con múltiples voces, que invita a seguir caminando hacia una relación más justa, respetuosa y consciente con el fuego y los territorios.

Memorias para el manejo integral del fuego

Minga Indígena

En el marco del Primer Diálogo Intercultural sobre el Manejo Integral del Fuego, celebrado el 16 de diciembre y promovido por la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD), junto con las entidades participantes, se llevó a cabo un espacio de escucha y trabajo alrededor del uso y manejo integral del fuego por parte de las comunidades indígenas convocadas. Durante este encuentro surgieron diversas recomendaciones y reflexiones sobre esta práctica ancestral, que ha contribuido a la sostenibilidad y al equilibrio en sus territorios. El fuego no solo es una herramienta para la gestión territorial, sino que también desempeña un papel central en la economía rural y la soberanía alimentaria, al facilitar la regeneración de suelos, la preparación de la tierra y la cocción de alimentos.

En la cosmovisión de los pueblos originarios, el fuego es un elemento sagrado y un ser vivo que conecta a las comunidades con la Madre Tierra, los elementos y los espíritus. Sin embargo, la prohibición y estigmatización de su uso, promovidas por enfoques técnicos externos no concertados con las comunidades, han afectado profundamente estas prácticas. Por ello, es fundamental promover diálogos que reconozcan el valor del saber ancestral, integren la educación comunitaria en la gestión del riesgo y generen espacios para compartir conocimientos sobre el manejo del fuego. Solo a través del respeto y la escucha será posible construir soluciones conjuntas que permitan un manejo sostenible, asegurando la soberanía alimentaria, el bienestar y la preservación del territorio.

De igual manera, en la plenaria final se recalcó que este espacio permitió dialogar y construir un camino de comunicación entre las comunidades y la institucionalidad. Para próximos encuentros, las y los asistentes sugirieron realizar una convocatoria más amplia, con la participación de más comunidades y la invitación a entidades que no estuvieron presentes en esta ocasión, como el Ministerio del Interior y el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible.

Este insumo servirá como memoria para continuar construyendo un diálogo más profundo y político con los pueblos indígenas, quienes manifestaron que es una obligación y una responsabilidad asegurar que estas conversaciones sean conocidas por todos los pueblos, precisamente para fortalecer el intercambio de saberes.



Asimismo, recalcaron la importancia de la presencia física del fuego, pues reiteraron que, en sus comunidades, sin él no existirían ni la tulpa ni el fogón. Por esta razón, sugirieron que el próximo encuentro se realice en territorio, ya que al vivenciar las realidades se comprenden mejor los propósitos. También señalaron la necesidad de abordar el Código de Policía en relación con el manejo del fuego.

Del mismo modo, se precisó que el objetivo de este encuentro no fue validar una postura específica, sino construir un camino de respeto mutuo con las comunidades, en el que el enfoque del manejo integral del fuego pueda convertirse en una herramienta clave para reducir los incendios forestales. El fuego puede ser gestionado de manera responsable, y las acciones institucionales no deben centrarse únicamente en la seguridad alimentaria, sino también en fomentar el diálogo entre quienes habitan los territorios y la comunidad científica. Las personas participantes señalaron que el desconocimiento y ciertos manejos políticos han llevado a prohibiciones que pueden afectar la continuidad de prácticas culturales asociadas al fuego, e incluso poner en riesgo expresiones propias de algunas culturas o comunidades. También resaltaron que las comunidades rurales saben cómo gestionarlo de manera eficiente, conocimiento que la comunidad científica puede reconocer y complementar.

Asimismo, se consideró de vital importancia ampliar este diálogo con la participación y el compromiso del Ministerio de Minas y Energía, dado que las actividades mineras tienen un impacto directo en los territorios. “No queremos permitir que se generen más intervenciones en los territorios que agraven el calentamiento global. Es necesario reflexionar sobre la responsabilidad empresarial y el papel que juegan las multinacionales, lo que invita a una discusión más profunda”, mencionaron las y los líderes indígenas asistentes al evento.

Finalmente, se proponen las siguientes conclusiones y recomendaciones para elevar las discusiones a nivel regional y con las demás comunidades indígenas del país:

- Reconocer el fuego como ser vivo y sagrado. El fuego no es solo un elemento de la naturaleza, sino el origen de la vida física y espiritual que conecta a las comunidades con la Madre Tierra. Es fundamental respetarlo y tratarlo desde su dimensión espiritual, tal como lo han hecho históricamente los pueblos originarios.
- Promover el diálogo de saberes, basado en el respeto, para entretejer conocimientos. Es esencial construir espacios de intercambio entre los saberes ancestrales de los pueblos originarios y el conocimiento científico. Ambos enfoques no deben ser vistos como contradictorios, sino como complementarios para una gestión sostenible y responsable del fuego.
- Reconocer a las comunidades rurales como guardianas históricas del territorio. Estas deben ser consideradas actores esenciales en la toma de decisiones sobre el uso del fuego. Es fundamental garantizar su participación activa, teniendo en cuenta las prácticas tradicionales dentro de la prevención y el manejo del fuego.

- Promover la conservación de los conocimientos ancestrales sobre el uso del fuego. Sus usos espirituales, físicos, de tradición oral, purificación, transformación, renovación y conservación deben ser respetados. Estas prácticas, realizadas en armonía con los ciclos naturales, son esenciales para la gestión del territorio desde la cosmovisión de los pueblos originarios.
- Fomentar la enseñanza del manejo integral del fuego en los sistemas educativos y en los procesos de transferencia del conocimiento. Esta enseñanza debe reconocer los saberes tradicionales de las comunidades originarias e incluir actividades de subsistencia y ceremoniales.
- Propender por la protección del territorio y de los derechos de acceso a tierras ancestrales. Es importante reconocer que algunas normas relacionadas con páramos y aguas pueden limitar la gestión del territorio y restringir el acceso a territorios ancestrales, sitios sagrados y plantas medicinales, afectando la sostenibilidad económica y espiritual de las comunidades.
- Fortalecer la vinculación interinstitucional con enfoque territorial. Las instituciones estatales deben articularse directamente con las comunidades indígenas, sin intermediarios, para establecer acuerdos basados en el respeto y la escucha. Las decisiones sobre el manejo integral del fuego deben surgir de un diálogo horizontal y participativo.
- Reconocer el fuego como herramienta para la preparación de la tierra y la preservación de semillas y alimentos. Este elemento contribuye a garantizar la soberanía alimentaria. Por ello, es importante recuperar y conservar prácticas agrícolas tradicionales y ancestrales, como la rotación de cultivos y el uso de la ceniza como abono natural.
- Reconocer el uso tradicional del fuego como instrumento de gestión del entorno para la prevención y la conservación. Los pueblos originarios resaltan la importancia de comprender sus dinámicas y relaciones con la naturaleza, así como su uso adecuado para prevenir riesgos, mediante prácticas como el contrafuego y el control de vegetación foránea. Estas prácticas requieren conocimientos previos y una planificación cuidadosa.
- Promover espacios de sensibilización para evitar la estigmatización en la comunicación sobre las prácticas y usos del fuego, así como sobre sus consecuencias.

De esta manera, al finalizar la jornada, las comunidades indígenas dejaron abierta la posibilidad de una próxima convocatoria en territorio, con todo lo que implica el ejercicio ceremonial y espiritual alrededor del fuego.

Memorias del primer encuentro de Diálogos Interculturales para el Manejo Integral del Fuego Convite Campesino

El 17 de diciembre de 2024 se llevó a cabo, en la ciudad de Bogotá, el encuentro de Diálogos Interculturales sobre el Manejo Integral del Fuego, espacio convocado por la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD). En este participaron diversas organizaciones campesinas del país, representantes de Zonas de Reserva Campesina y brigadas forestales comunitarias. El espacio de intercambio abordó las prácticas, conocimientos y dificultades que enfrentan los territorios rurales en relación con el uso del fuego desde una perspectiva cultural, productiva y de conservación.

El fuego es una herramienta tradicional en las comunidades rurales para mejorar la productividad de la tierra, especialmente en la preparación de terrenos para la agricultura y la ganadería, mediante la renovación de pastos, el control de malezas y plagas, y el aporte de ceniza como abono del suelo. Además, su uso es fundamental en territorios donde la economía se articula con otros procesos productivos, como el turismo, la gastronomía y las artesanías. En el encuentro se destacó la importancia de promover su uso responsable y de fortalecer los procesos de gestión del riesgo de desastres mediante el trabajo conjunto con las instituciones, capacitaciones e insumos que permitan avanzar en acciones de prevención. Estas acciones son necesarias para evitar incidentes que puedan afectar tanto a las comunidades como al ambiente, teniendo en cuenta que el fuego sigue siendo una opción económica y accesible para la gestión y el manejo de terrenos. Si bien puede generar beneficios en ciertos ecosistemas, también se reconoció que, cuando no se maneja correctamente, puede ocasionar daños severos en áreas ecológicamente sensibles.

En las comunidades rurales, el fuego está profundamente arraigado en la identidad cultural. Por ello, en algunos territorios de Colombia sigue siendo una herramienta indispensable para la cocina tradicional y las ceremonias religiosas. El uso de hornos de leña y fogatas permite mantener prácticas culinarias ancestrales y otras expresiones cotidianas que fortalecen los lazos familiares y comunitarios. A pesar de los desafíos, las abuelas y los abuelos continúan siendo guardianes del conocimiento en muchas comunidades rurales; son quienes transmiten, a través del diálogo y las vivencias, las

Diálogos interculturales sobre el manejo integral del fuego



técnicas ancestrales sobre los usos del fuego, su importancia en prácticas religiosas y sus usos tradicionales en la agricultura, como la bendición del agua y del fuego.

En cuanto a la gobernanza territorial, se destacó la necesidad de fortalecer la coordinación comunitaria y la integración con instancias locales, como los Consejos Municipales de Gestión del Riesgo de Desastres (CMGRD), para que entidades como los cuerpos de bomberos municipales puedan planificar, junto con las comunidades, las quemas controladas. Este tema fue ampliamente discutido, dado que la participación activa de cuadrillas organizadas y el reporte oportuno a las autoridades han sido claves para las acciones en territorio y la prevención de desastres, como ocurrió en 2020 en la localidad de Sumapaz, en Bogotá.

La importancia del fuego en las comunidades rurales no radica únicamente en su función como herramienta productiva, sino también en su papel como elemento fundamental de la vida comunitaria, social y cultural. A través de este se tejen lazos familiares, se transmiten saberes ancestrales y se resiste al olvido y a la pérdida de las prácticas tradicionales. Sin embargo, ante la falta de apoyo institucional, resulta urgente implementar estrategias que permitan garantizar la permanencia de estos conocimientos en el tiempo.

Otro de los temas centrales del encuentro fue la creciente desconexión de las y los jóvenes con las tradiciones relacionadas con el uso del fuego. La migración hacia las ciudades y el atractivo de las tecnologías modernas han alejado a las nuevas generaciones de las prácticas rurales, poniendo en riesgo la continuidad de los saberes campesinos. Las comunidades resaltaron la necesidad de crear espacios donde las personas jóvenes puedan participar activamente en la transmisión de estos conocimientos, con el fin de garantizar la preservación de su identidad cultural.

El uso irresponsable del fuego ha generado tensiones en diferentes regiones del país. Las quemas descontroladas han provocado la destrucción de tierras y cultivos, así como conflictos entre actividades ganaderas y procesos de reforestación. Para evitar estas situaciones, la reglamentación frente al uso del fuego debe basarse en el análisis de los aspectos culturales, económicos y ambientales de los territorios, así como en sus particularidades.

El fuego también ha estado presente en el contexto del conflicto armado. En algunas zonas, los desplazamientos forzados y el reclutamiento de menores por parte de grupos armados han roto vínculos comunitarios y debilitado prácticas culturales. El abandono estatal y la falta de políticas de inversión social han agravado esta situación. A pesar de su dualidad como herramienta útil y potencial factor de riesgo, el fuego sigue siendo un símbolo de resistencia, unión y renovación en las zonas rurales del país.

Propuestas

1. Realizar visitas constantes a los territorios para recoger información, datos y experiencias que sirvan como insumo para la creación y actualización de políticas

- públicas y normativa, garantizando espacios de diálogo con las comunidades campesinas y evitando la politización de estos procesos.
2. Reducir la politización y polarización en la asignación de recursos, dotaciones y capacitaciones, con el fin de mejorar la efectividad y el aprovechamiento de los recursos públicos y comunitarios.
 3. Diseñar una estrategia técnica y política para generar acciones inmediatas durante las temporadas climáticas críticas y frente a los usos del fuego.
 4. Crear, actualizar y aplicar los planes de gestión del riesgo de desastres y los planes de acción, garantizando su estructuración y cumplimiento. Es necesario que, desde el nivel municipal, estos instrumentos se articulen con los planes locales de gestión del riesgo de desastres.
 5. Articular los planes de vida campesina y los planes de desarrollo sostenible de las Zonas de Reserva Campesina con la normativa, regulaciones, protocolos y apoyos relacionados con la misionalidad y cobertura de la UNGRD.
 6. Incorporar un enfoque diferencial en la normativa, estableciendo líneas claras frente al uso del fuego y las prácticas comunitarias asociadas.
 7. Garantizar el trabajo mancomunado e interrelacionado entre las instituciones y las comunidades para la gestión del riesgo de desastres, lo cual implica, entre otros aspectos, dotaciones y acciones de respuesta a emergencias en cada territorio.
 8. Fomentar la creación, dotación, sostenimiento y operación de brigadas forestales comunitarias y campesinas en todo el territorio nacional, especialmente en las zonas rurales, asegurando la vida e integridad de sus integrantes mediante pólizas y cobertura de riesgos laborales.
 9. Dar mayor relevancia y apoyo a la mujer campesina como pilar en la preservación del uso tradicional del fuego y en la construcción de tejido social.
 10. Crear una mesa con participación campesina y agraria para la prevención y reducción del riesgo de desastres.
 11. Articular con los ministerios, las corporaciones autónomas regionales (CAR) y demás actores pertinentes la gestión del riesgo de desastres con los temas campesinos, agrarios y de seguridad y soberanía alimentaria.
 12. Brindar capacitación a guardias o defensores campesinos mediante escuelas, políticas de formación, cursos y prácticas orientadas por especialistas, con enfoque en gestión del riesgo y manejo de recursos, fortaleciendo las veedurías de las comunidades, organizaciones y asociaciones campesinas.

13. Crear mecanismos de articulación entre organismos y entidades de respuesta a emergencias de todos los niveles del país, con el fin de responder de manera oportuna y rápida, sin barreras geográficas, legales u operativas.
14. Incorporar un enfoque diferencial campesino y agrario en el manejo integral del riesgo de desastres, en concordancia con el artículo 64 de la Constitución Política, que reconoce al campesinado como sujeto político y de especial protección.
15. Incorporar la gestión del riesgo de desastres en los proyectos educativos institucionales (PEI) y en los currículos de las instituciones educativas públicas, especialmente aquellas ubicadas en zonas rurales y Zonas de Reserva Campesina.

Conclusiones

- El uso tradicional del fuego en la agricultura y la ganadería no solo constituye una herramienta productiva, sino también un elemento cultural y ritual que refuerza la cohesión social y la transmisión de saberes ancestrales, con las abuelas y los abuelos como principales guardianes del conocimiento.
- La centralización de las acciones institucionales y la falta de apoyo económico dificultan la implementación de planes, programas y proyectos que respondan a las necesidades específicas de las comunidades rurales, afectando su capacidad para manejar el fuego de manera adecuada y sostenible.
- El fuego tiene beneficios ecológicos en los territorios rurales; por ello, su prohibición sin un enfoque diferencial que contemple las necesidades del campesinado podría generar consecuencias negativas tanto en lo ambiental como en lo social.
- La pérdida de tradiciones y la desconexión juvenil son preocupaciones que deben abordarse mediante la revitalización de prácticas comunitarias, especialmente en contextos donde el fuego cumple un papel central en la soberanía alimentaria y en la cohesión familiar y comunitaria.
- El fuego, como símbolo de resistencia cultural frente al abandono estatal y al impacto del conflicto armado, expresa la lucha por la preservación de la identidad rural y exige leyes y acciones adaptadas a las realidades locales, con enfoque campesino y regional.

Bibliografía

- ÁfricaPhil. 2015. Trans. R. Soc. B371: 20150346. <http://doi.org/10.1098/rstb.2015.0346>
- Ager, A. A., A. M. G. Barros, H. K. Preisler, M. A. Day, T. A. Spies, J. D. Bailey y J. P. Bolte. 2017. «Effects of accelerated wildfire on future fire regimes and implications for the United States federal fire policy». *Ecology and Society*, 22(4): 12. <https://doi.org/10.5751/ES-09680-220412>
- Archibald, Sally. 2016. «Managing the human component of fire regimes: lessons from Africa». *Phil. Trans. R. Soc. B 371*: 20150346. <http://doi.org/10.1098/rstb.2015.0346>
- Berkes, F. y Davidson-Hunt, I. J. 2006. «Biodiversity, Traditional Management Systems and Cultural Landscapes: Examples from the Boreal Forest of Canada». *International Social Science Journal*, 187: 35–47. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2451.2006.00605.x>
- Bilbao, B. A., Leal, A. V. y Méndez, C. L. 2010. «Indigenous Use of Fire and Forest Loss in Canaima National Park, Venezuela. Assessment of and Tools for Alternative Strategies of Fire Management in Pemón Indigenous Lands». *Hum. Ecol.*, 38: 663–673. <https://doi.org/10.1007/s10745-010-9344-0>
- Bilbao, B. A., Millán, A., Vessuri, H., Mistry, J., Salazar-Gascón, R. y Gómez, R. 2021. «To Burn or not to Burn? The History behind the Construction of a New Paradigm of Fire Management in Venezuela through Interculturality». *Biodiversidade Bras. - BioBrasil*, 11: 99–127. <https://doi.org/10.37002/biobrasil.v11i2.1878>
- Bilbao, Bibiana, Jayalaxshmi Mistry, Adriana Millán y Andrea Berardi. 2019. «Sharing multiple perspectives on burning: Towards a participatory and intercultural fire management policy in Venezuela, Brazil, and Guyana». *Fire*, 2(3): 39. <https://doi.org/10.3390/fire2030039>
- Corporación OSSO. 2019. Inventario Histórico Nacional de Desastres. Sistema de Inventario de Efectos de Desastres (DesInventar). Cali, Colombia.
- Depietri, Y. y Orenstein, D. 2020. «Managing fire risk at the wildland-urban interface requires reconciliation of tradeoffs between regulating and cultural ecosystem services». *Ecosystem Services*, 44: 101108. <https://doi.org/10.1016/j.ecoser.2020.101108>
- Duane, A., Castellnou, M. y Brotons, L. 2021. «Hacia una mirada integral a los factores globales que provocan nuevos incendios forestales extremos». *Climatic Change*, 165: 43. <https://doi.org/10.1007/s10584-021-03066-4>
- Eloy, L., Ramos, R. M., Schmidt, M., Ono, K. Y., Steward, A. M. y Ferreira, J. 2020. «Fire management by traditional communities in Brazil». *Biodiversidade Brasileira*, 10(1). Special Issue: 7th International Wildland Fire Conference: Abstracts.
- FAO. 1998. Reunión sobre Políticas Públicas que Afectan a los Incendios Forestales. FAO. Disponible en línea: <https://openknowledge.fao.org/server/api/core/bitstreams/7d03e401-0e47-4eca-941a-f4163098c158/content/x2095s00.htm>
- FAO. 2007. Manejo del fuego: principios y acciones estratégicas. Directrices de carácter voluntario para el manejo del fuego. Documento de Trabajo sobre el Manejo del Fuego n.º 17. Roma. www.fao.org/forestry/site/35853/en

- Fernandez-Gimenez, M. E. 2000. «The role of Mongolian nomadic pastoralists' ecological knowledge in rangeland management». *Ecol. Appl.*, 10: 1318–1326. [https://doi.org/10.1890/1051-0761\(2000\)010\[1318:-TROMNP\]2.0.CO;2](https://doi.org/10.1890/1051-0761(2000)010[1318:-TROMNP]2.0.CO;2)
- Ford, A., Harrison, S., Kountouris, Y., Millington, J., Mistry, J., Perkins, O., Rabin, S., Rein, G., Schreckenberg, K., Smith, C., Smith, T. y Yadav, K. 2021. «Modelling Human-Fire Interactions: Combining Alternative Perspectives and Approaches». *Frontiers in Environmental Science*, 9: 649835. <https://doi.org/10.3389/fenvs.2021.649835>
- Huffman, Mary R. 2013. «The Many Elements of Traditional Fire Knowledge: Synthesis, Classification, and Aids to Cross-Cultural Problem Solving in Fire-Dependent Systems Around the World». *Ecology and Society*, 18(4). <http://dx.doi.org/10.5751/ES-05843-180403>
- International Union of Forest Research Organizations. 2018. *Global Fire Challenges in a Warming World*. Robinne, F.-N., Burns, J., Kant, P., de Groot, B., Flannigan, M. D., Kleine, M. y Wotton, D. M. (eds.). Occasional Paper n.º 32. IUFRO, Viena.
- Jensen, S. E. y McPherson, G. R. 2012. «Policy Solutions». *Living with Fire*: 119–135. <https://doi.org/10.1525/california/9780520255890.003.0007>
- , M., Abatzoglou, J., Veraverbeke, S., Andela, N., Lasslop, G., Forkel, M., Smith, A., Burton, C., Betts, R., van der Werf, G., Sitch, S., Canadell, J., Santín, C., Kolden, C., Doerr, S. y Le Quéré, C. 2022. «Global and Regional Trends and Drivers of Fire Under Climate Change». *Reviews of Geophysics*, 60(3): e2020RG000726. <https://doi.org/10.1029/2020RG000726>
- Kull, C. A. 2002. «Madagascar aflame: Landscape burning as peasant protest, resistance, or a resource management tool?». *Polit. Geogr.*, 21: 927–953. [https://doi.org/10.1016/S0962-6298\(02\)00054-9](https://doi.org/10.1016/S0962-6298(02)00054-9)
- McCaffrey, S., Toman, E., Stidham, M. y Shindler, B. 2013. «Social science research related to wildfire management: an overview of recent findings and future research needs». *Int. J. Wildland Fire*, 22: 15–24. <https://doi.org/10.1071/WF11115>
- Molinero Hernando, F., García de Celis, A., Cascos Maraña, C., Baraja Rodríguez, E. y Guerra-Velasco, J. C. 2008. «La percepción local de los incendios forestales y sus motivaciones en Castilla y León». *Ería*, (76): 213–229. <https://doi.org/10.17811/er.0.2008.213-229>
- Navarro, A. G., Barrios, L. E. G., Vázquez, M. P. y Rosset, P. 2017. «De la supresión al manejo del fuego en la Reserva de la Biosfera La Sepultura, Chiapas: perspectivas campesinas». *Región y Soc.*, 29: 30–70. <https://doi.org/10.22198/rys.2017.70.a329>
- North, M. P. et al. 2015. «Reform forest fire management. Agency incentives undermine policy effectiveness». *Science*, 349: 1280–1281. <https://doi.org/10.1126/science.aab2356>
- Paveglio, T. B., Carroll, M. S., Hall, T. E. y Brenkert-Smith, H. 2015. «“Put the wet stuff on the hot stuff”: The legacy and drivers of conflict surrounding wildfire suppression». *J. Rural Stud.*, 41: 72–81. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2015.07.006>
- Pivello, V. R. 2011. «The use of fire in the cerrado and Amazonian rainforests of Brazil: Past and present». *Fire Ecol.*, 7: 24–39. <https://doi.org/10.4996/fireecology.0701024>
- PNUMA y GRID-Arendal. 2022. *Spreading like Wildfire: The Rising Threat of Extraordinary Landscape Fires*. <https://www.unep.org/resources/report/spreading-wildfire-rising-threat-extraordinary-landscape-fires>

- Ponce Calderón, Laura Patricia, Christoph Neger y Fernando Limón Aguirre. 2024. «Manejo cultural del fuego en la Sierra de Santa Martha». *Revista Mexicana de Sociología*, 86(2): 381-412. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2024.2.62274>
- Ponce-Calderón, Laura, Dante Rodríguez-Trejo, José Villanueva-Díaz, Bibiana Bilbao, Guadalupe Álvarez-Gordillo y Gabriela Vera-Cortés. 2021. «Historical fire ecology and its effect on vegetation dynamics of the Lagunas de Montebello National Park, Chiapas, Mexico». *Journal of Environmental Management*, 281: 111862. <https://doi.org/10.1016/j.jenvman.2020.111862>
- Rodríguez, Iokiñe. 2004. «Conocimiento indígena vs. científico: el conflicto por el uso del fuego en el Parque Nacional Canaima, Venezuela». *Interciencia*, 29(3): 121-129.
- Segura, D., Moreno, J., Steil, L., Graziani, P., Galvao, A. y Velásquez, M. 2022. «El programa Amazonía sin Fuego: Una estrategia para reducir los incendios forestales». En *Towards Fire-Smart Landscapes*, coordinado por N. Pasiecznik y J. G. Goldammer. Países Bajos: Tropenbos International.
- Seijo, F. 2005. «The politics of fire: Spanish forest policy and ritual resistance in Galicia, Spain». *Env. Polit.*, 14: 380–402. <https://doi.org/10.1080/09644010500087665>
- Shaffer, L. J. 2010. «Indigenous Fire Use to Manage Savanna Landscapes in Southern Mozambique». *Fire Ecol.*, 6: 43–59. <https://doi.org/10.4996/fireecology.0602043>
- Soto, P. 2008. «Reseña de Manuel Antonio Baeza, *Imaginarios Sociales. Apuntes para la discusión Teórica y Metodológica*». *Iztapalapa Rev. Ciencias Soc. y Humanidades*: 311–315. <https://doi.org/10.28928/izt.v0i65-64.260>
- UNGRD – Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres. 2025. *Consolidado de Atención de Emergencias*. Bogotá, D. C., Colombia.
- Yebra, M., Mahony, R. y Debus, R. 2024. «Technological solutions for living with fire in the age of megafires». *One Earth*, 7(6): 932-935. <https://doi.org/10.1016/j.oneear.2024.05.017>



Este libro se realizó para ser
distribuido de manera digital en junio de 2026.
Se usaron las fuentes Muli y Ten Oldstyle



Agradecemos a las lideresas y líderes territoriales de organizaciones indígenas y campesinas de carácter nacional, quienes viajaron desde distintas regiones del país para encontrarse en Bogotá en diciembre de 2024. Su disposición para dialogar, debatir y proponer permitió abrir un camino hacia una comprensión más amplia del fuego y hacia la construcción colectiva de enfoques que integren los saberes tradicionales con el conocimiento técnico y científico en cada una de las regiones del país.

Sus voces recordaron con claridad que la gestión del riesgo de desastres no puede separarse de las realidades sociales, culturales y ambientales de los territorios, y que avanzar hacia un manejo integral del fuego implica reconocer las prácticas locales, fortalecer la gobernanza territorial y generar espacios reales de participación y articulación con el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (SNGRD), reconociendo los diferentes roles y aportando la reducción del riesgo de desastres.



UNGRD

Unidad Nacional para la Gestión
del Riesgo de Desastres